

La Esfera

3 MAR 1922

Año X Núm. 478

Precio: Una peseta



MIGUEL SANJUAN
1911

ENEQUE
MILLOTTA
FABRICA

(c) Ministerio de Instrucción Pública. Actriz española María Guerrero en el drama "Madre", de Martí Orberá, portentosa creación

¡Doscientos mil ejemplares!
van vendidos de las cuatro interesantísimas
novelas tituladas:

Con el pie en el corazón
Hombre de amor

Un hombre extraño

y *Una cualquiera*
que

“El Caballero Audaz”

ha publicado en un año.

De venta en todas las librerías.—Pedidos directamente á la Editorial

“RENACIMIENTO” Preciados, 46, Madrid

Rogamos á nuestros corresponsales, sub-
scriptores, anunciantes y á todas aquellas per-
sonas que se dirijan á nosotros para asuntos
administrativos,
extiendan la di-
rección en el
sobre en la si-
guiente forma:

Prensa Gráfica

Apartado 571

MADRID

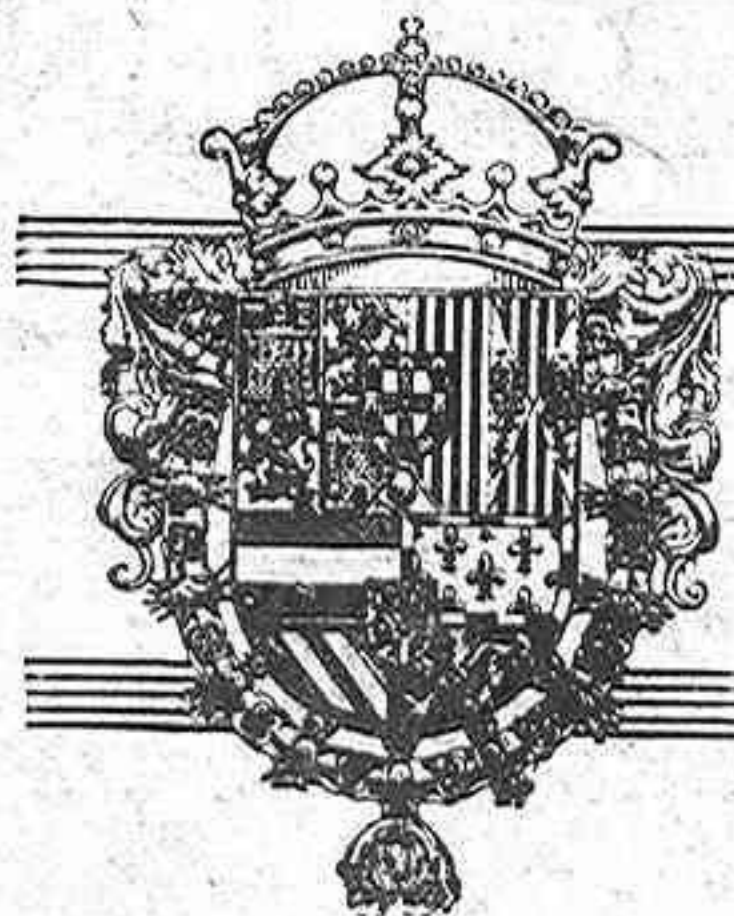
DÍAZ

**FOTOGRAFÍA
DE ARTE**

Un retrato elegante
y de buen gusto es
el obsequio más es-
timado para los se-
ñores queridos ::



Ampliaciones, reproduc-
ciones y todo cuanto se
relaciona con el arte
fotográfico :: ::



FERNANDO VI, 5
MADRID

UNDERWOOD



CAMPEÓN DE LAS
MÁQUINAS DE ESCRIBIR

Compañía Mecanográfica

Guillermo Trúniger, S. A.

Apartado 298.—BARCELONA.—Balmes, 7
Sucursal en Madrid: ALCALÁ, 39

ELIXIR ESTOMACAL

de Saiz de Carlos (STOMALIX)

Es recetado por los médicos de las cinco partes del mundo porque toni-
fica, ayuda á las digestiones y abre el apetito, curando las molestias del

**ESTÓMAGO É
INTESTINOS**

el dolor de estómago, la dispepsia, las acedias, vómitos, inapetencia,
diarreas en niños y adultos que, á veces, alternan con estreñimiento,
dilatación y úlcera del estómago, etc. Es antiséptico.

De venta en las principales farmacias del mundo y en Serrano, 30, MADRID,
desde donde se remiten folletos á quien los pida

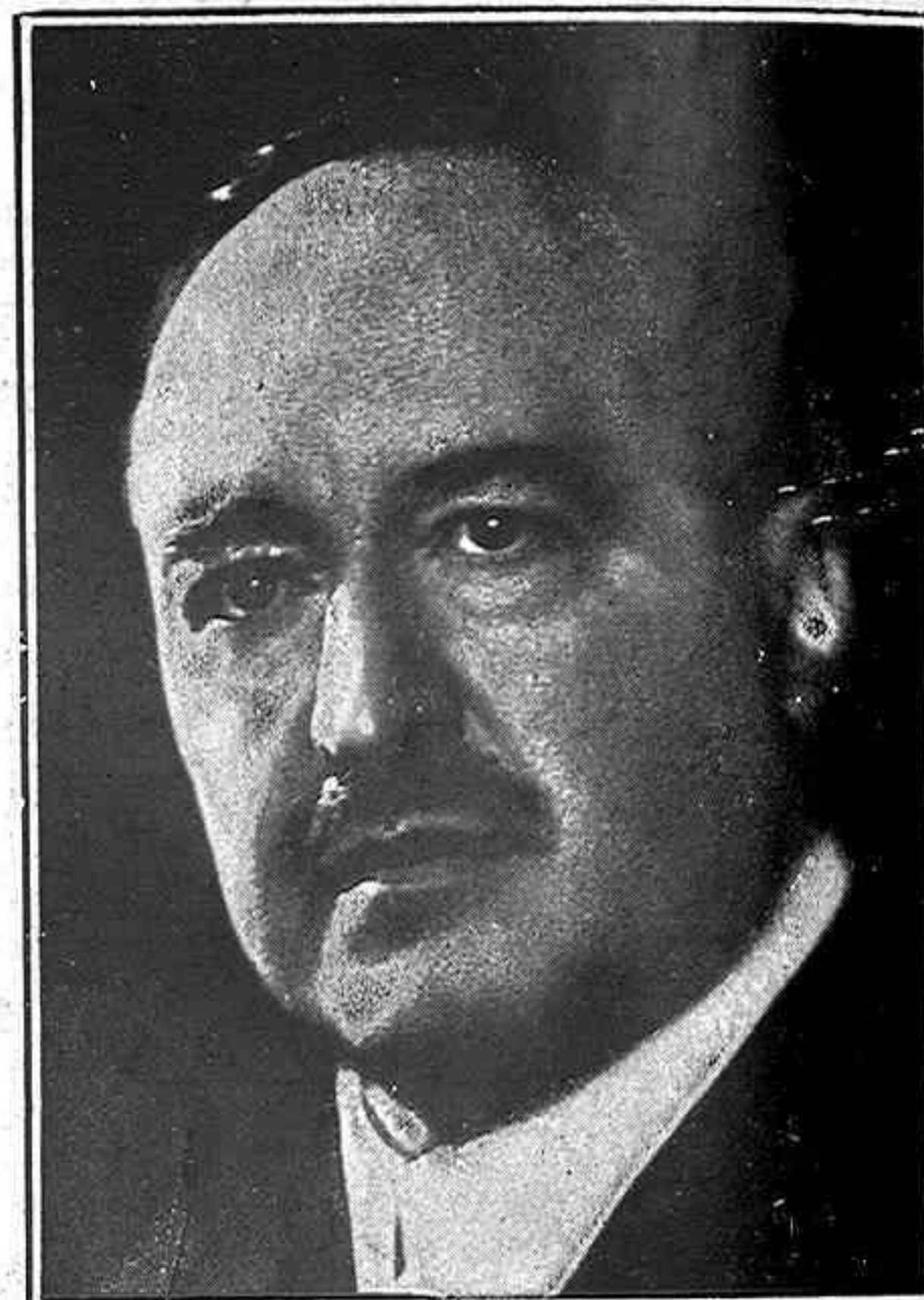
Vicente **BLASCO IBÁÑEZ**

**LA TIERRA
DE TODOS**

50.000 ejemplares

Se ha puesto á la ven-
ta el **50 millar** de
esta novela, última pro-
ducción de D. Vicente
Blasco Ibáñez, el nove-
lista español de fama
universal.

A los **ocho meses** de
haber sido publicada
LA TIERRA DE TODOS
van vendidos **cin-
cuenta mil vo-
lúmenes** en Espa-
ña y América.



EDITORIAL PROMETEO
Apartado 130 **VALENCIA**

Dr. Bengué, 47, Rue Blanche, Paris.



De venta en todas las farmacias y droguerías.

ESCUELA BERLITZ Arenal, 24

ACADEMIA DE LENGUAS VIVAS

Todos los meses empiezan clases de inglés, francés, alemán é italiano
CLASES GENERALES É INDIVIDUALES :: TRADUCCIONES

**EVITA LA CAIDA DEL PELO
LE DA FUERZA Y VIGOR**

ALCOHOLATO

AL

ABRÓTANO MACHO

Carmen, 10, ALCOHOLERA, Madrid



COLLARES ENCANTADORES



PERLAS ARCO

La acogida que ha hecho el público más selecto a las Perlas Arco está bien merecida. Se aprecian porque imitan perfectamente las perlas finas, conservan indefinidamente su hermosura, tienen el brillo natural de la perla, están bien formadas, son macizas y del peso de las verdaderas.

GARANTIA.—Garantizamos la buena fabricación de todos nuestros collares y aceptamos la devolución caso de no dar completa satisfacción.

Núm. 2.—Collar de buena calidad. Largo, 45 cm. Cierre oro de ley 25 ptas.

» **3.**—Perla mayor y mejor trabajada. Largo, 50 cm. Cierre oro de ley. El collar en lujoso estuche 65 "

» **5.**—La mejor calidad de perla imitación. Oriente idéntico al de las más bellas perlas finas. Largo, 45 cm. Cierre oro platinado y diamantes, con cadena de seguridad. Magnífico collar en estuche 150 "

» **5 B.**—Modelo idéntico al anterior. Perla un poco mayor. Largo del collar, 60 cm. 200 "

Aceptamos encargos de modelos especiales para todos los gustos, con ó sin cierre ó estuche y de todas las calidades de perla.

(Envíos franco por correo certificado, España y Extranjero.)

GRATIS Catálogo ilustrado

Las legítimas Perlas Arco se adquieren exclusivamente de

Novelty Trading Co.

Depto. n.º 11. Apartado 63-SAN SEBASTIAN

El alivio instantáneo para el Asma

Un médico famoso lo demostrará á los enfermos de Madrid

Es muy natural que la mayoría de los pacientes de Asma, después de probar inútilmente médicos é incontables remedios, hayan llegado á la conclusión de que no hay curación para esta penosa enfermedad. Estas mismas personas pueden dudar todavía al saber por medio de la Prensa que el Dr. Schiffmann, famosa autoridad que ha tratado más casos de Asma que ningún médico actual, ha logrado al fin el éxito. Ha perfeccionado un remedio que da alivio inmediato en los peores casos, por grave que sea el ataque ó por obstinado que sea el mal. Estas personas habían sido tan escépticas como algunos de nuestros lectores pueden serlo ahora. Seguramente que el remedio del Dr. Schiffmann posee el mérito que se le atribuye, pues de lo contrario no haría la siguiente invitación á cada paciente para que haga una prueba personal. El Doctor ha autorizado á este periódico para anunciar que no sólo desea dar gratis á toda persona que sufra de Asma, Catarro ó Bronquitis una "caja de muestra" de este remedio Asthmador, sino que con insistencia pide á todos los enfermos que le envíen su nombre y dirección y recibirán una muestra gratis. Teme que al hacer un aserto tan positivo de su remedio, muchos puedan dudar de la verdad de ello, y conoce que una prueba personal, como la que ofrece á todos, será más convincente y demostrará sus méritos mejor que la misma publicación de miles de testimonios de personas que han sido aliviadas con el uso de su remedio. Esta es, realmente, una oferta generosa y equitativa, y todos aquellos que sufran de alguno de los males que se mencionan antes, deben dirigirse al Dr. Schiffmann, Claris, 71, Barcelona. Escriba usted desde luego, pues no se podrán obtener paquetes de muestra gratis más que durante los cuatro días de publicado este anuncio. No tiene usted más que enviar, en una tarjeta, su nombre y dirección claramente escritos y un sello de 20 céntimos.

Misterios de la Policía y del Crimen

PÍDASE Á ESTA ADMINISTRACIÓN
Hermosilla, 57, Madrid

Lea Ud. todos los miércoles

MUNDO GRÁFICO

30 céntimos en toda España

PRENSA GRÁFICA, S. A. Editora de La Esfera * Nuevo Mundo * Mundo Gráfico
TARIFA DE PUBLICIDAD.—1.º de Junio de 1922

LA ESFERA

	Línea	Página
	Ptas.	Ptas.
Cubierta		
Primera página interior, línea del cuerpo 7	3	1.461
Última página, línea del cuerpo 7	3	1.464
Sección general		
Línea del cuerpo 7	2	976
En cualquiera de estas secciones, la página se divide en cuatro columnas de ancho y cada columna en 122 líneas de altura.		
Sección especial		
Línea del cuerpo 7	5	780
En esta sección se utiliza sólo media página para anuncios, ocupándose la otra media superior con textos literarios, científicos, etc. Se divide en tres columnas de ancho y cada columna en 52 líneas de altura.		
Informaciones artísticas é industriales entre el texto		
Una página	—	1.000
Media página	—	500

NUEVO MUNDO

	Línea	Página
	Ptas.	Ptas.
Cubierta		
Primera página interior, línea del cuerpo 7	3	1.545
Segunda página interior, línea del cuerpo 7	2	1.030
Última página, línea del cuerpo 7	3	1.545
Sección general		
Línea del cuerpo 7	1.50	772.50
En cualquiera de estas secciones, la página se divide en cinco columnas de ancho y cada columna en 103 líneas de altura.		
Varietades y reclamos		
Línea del cuerpo 8	10	—
Una columna	—	900
En esta sección la página se divide en tres columnas y cada columna en 90 líneas de altura.		
Telegráficos		
Las 15 primeras palabras	3.10	—
Cada palabra más	0.30	—
Informaciones gráficas industriales entre el texto		
Una página	—	1.000
Media página	—	500

MUNDO GRÁFICO

	Línea	Página
	Ptas.	Ptas.
Cubierta		
Primera página interior, línea del cuerpo 7	3	1.545
Segunda página interior, línea del cuerpo 7	2	1.030
Última página, línea del cuerpo 7	3	1.545
Sección general		
Línea del cuerpo 7	1.50	772.50
En cualquiera de estas secciones, la página se divide en cinco columnas de ancho y cada columna en 103 líneas de altura.		
Reclamos		
Línea del cuerpo 8	10	—
Una columna	—	900
En esta sección la página se divide en tres columnas y cada columna en 90 líneas de altura.		
Telegráficos		
Las 15 primeras palabras	3.10	—
Cada palabra más	0.30	—
Informaciones gráficas industriales entre el texto		
Una página	—	1.000
Media página	—	500

Pídanse á la Administración de Prensa Gráfica, Apartado 571, Madrid, las tarifas con los descuentos y condiciones especiales para grandes propagandas en estas Revistas.

SE ADMITEN SUBSCRIPCIONES A NUESTRAS REVISTAS
La Esfera, Mundo Gráfico, Nuevo Mundo Elegancias y La Novela Semanal

en la en la en
Librería de San Martín Agencia Havas "La Publicidad"
Puerta del Sol, 6 62, rue Richelieu, Paris Calle del León, núm. 20
Preciados, 9, Madrid

A nuestros anunciantes y suscriptores

Los agentes administrativos de esta Empresa van siempre acreditados en forma que no quede duda de la legitimidad de su representación.

Lo advertimos al público para que no acepte trato alguno con quienes no tengan autorización recienste, carnet de identificación de la casa, sellado con el sello de la misma y firmado por el Administrador Delegado, ni satisfagan el importe de los recibos que les presenten al cobro en nuestro nombre, ni estimen, en fin, garantizados sus intereses por nosotros, que no podemos responder de más gestiones que de las encomendadas á nuestros representantes debidamente autorizados.



Usted, dama de buen gusto, amante de cuanto signifique distinción y «chic», debe suscribirse á

Elegancias

porque

Elegancias

es la Revista ideal de toda mujer moderna. En

Elegancias

tendrá usted un periódico ameno, sugestivo y lleno de encantos. Hallará usted en las páginas de

Elegancias

presentado con un lujo y una perfección no igualados en España hasta hoy, lo más selecto del Arte y la Literatura contemporáneos, las más interesantes notas deportivas de todo el mundo y las novísimas orientaciones de la Moda para la mujer, el hombre y el niño.

Subscribase á

Elegancias

y quedará satisfecha de su decisión.

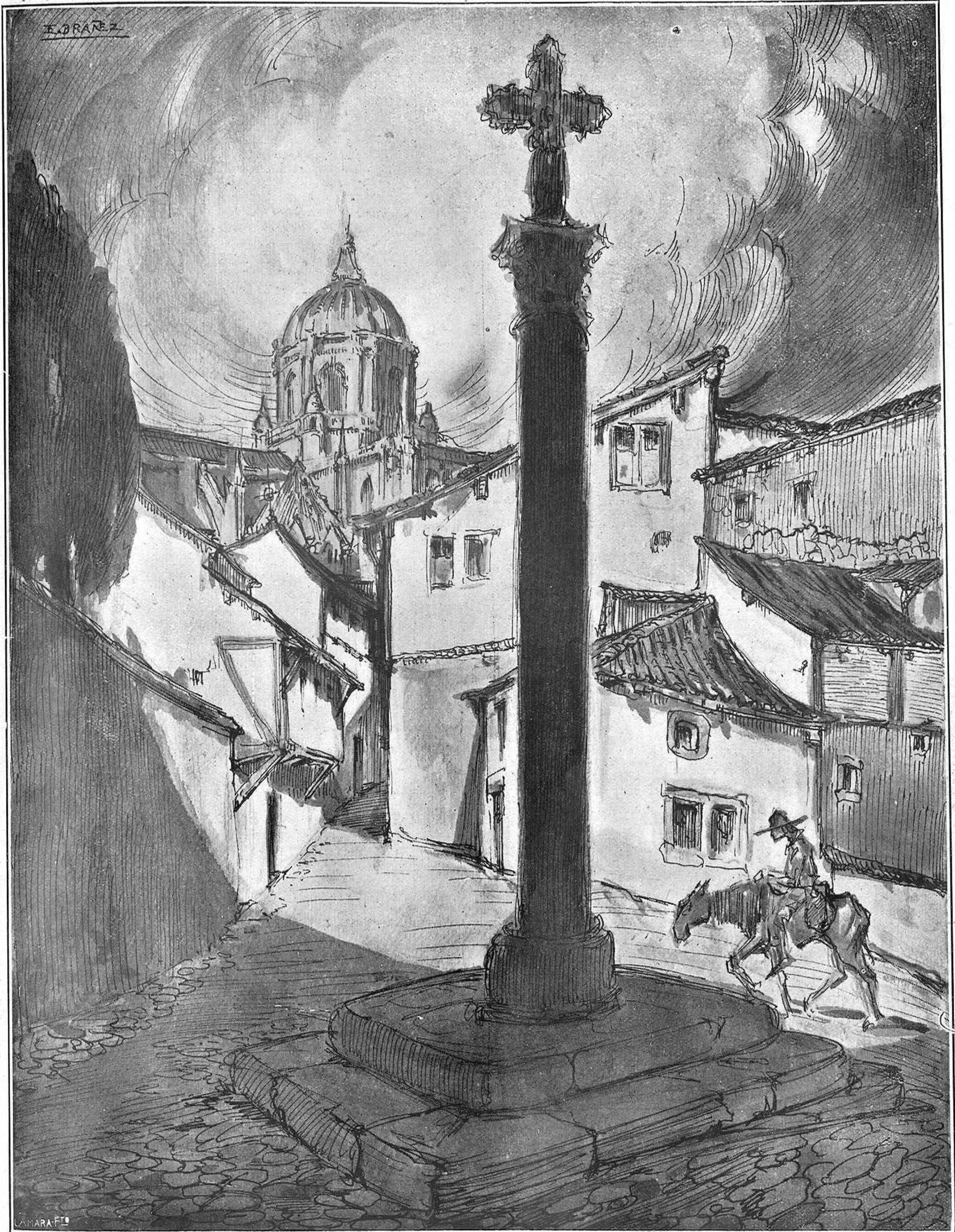
TRES PESETAS EJEMPLAR

Señora:

Pedidos y suscripciones á PRENSA GRÁFICA, S. A., editora de
Mundo Gráfico * La Esfera * Nuevo Mundo
La Novela Semanal * Elegancias

Hermosilla, 57, Madrid, á los corresponsales de PRENSA GRÁFICA en toda España y á las librerías más distinguidas y selectas.

Delegado en París: M. Leo Merelo, 62, rue Richelieu, Palacio Havas.

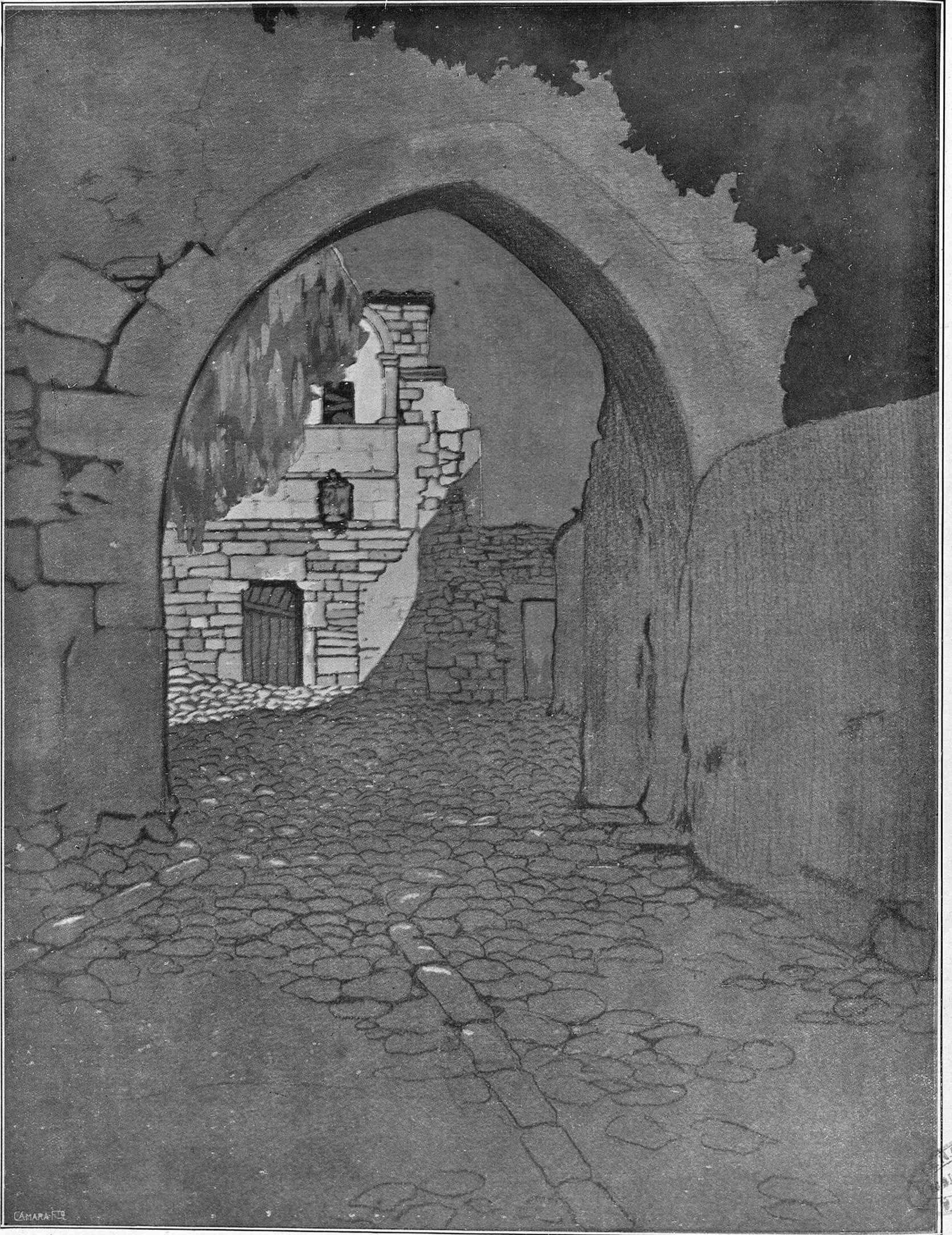


LAS VIEJAS CIUDADES ESPAÑOLAS.-LA PUERTA DEL RÍO EN SALAMANCA

Dibujo original de Bráñez

LA ESFERA

RINCONES ESPAÑOLES

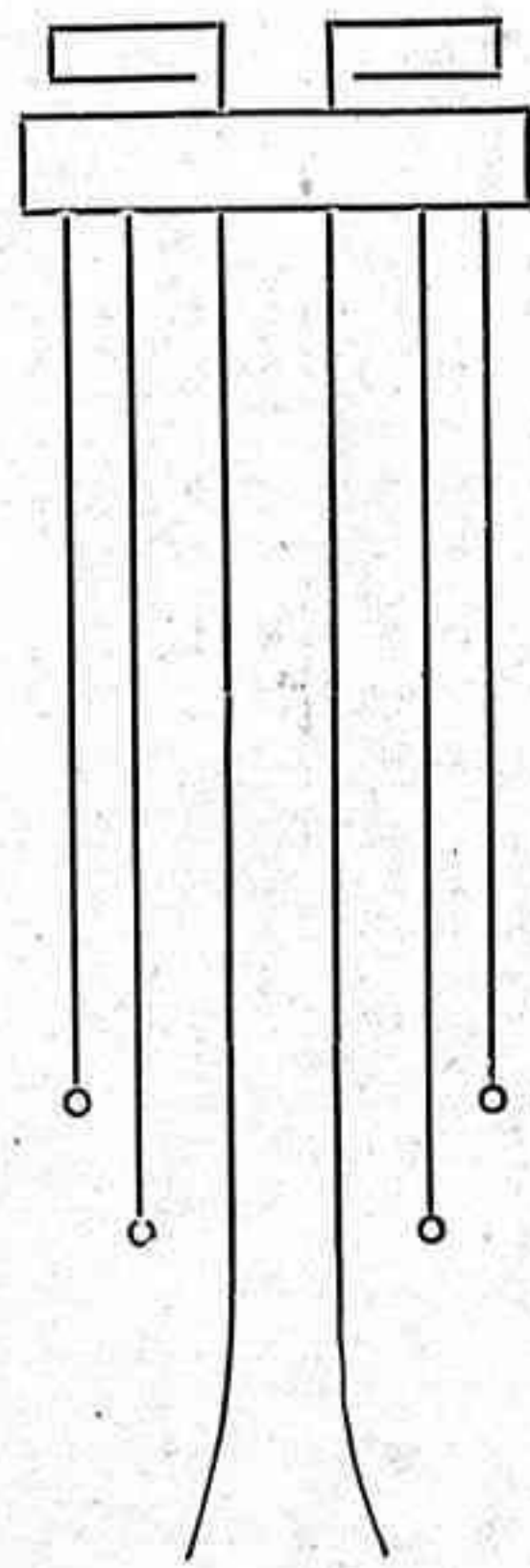
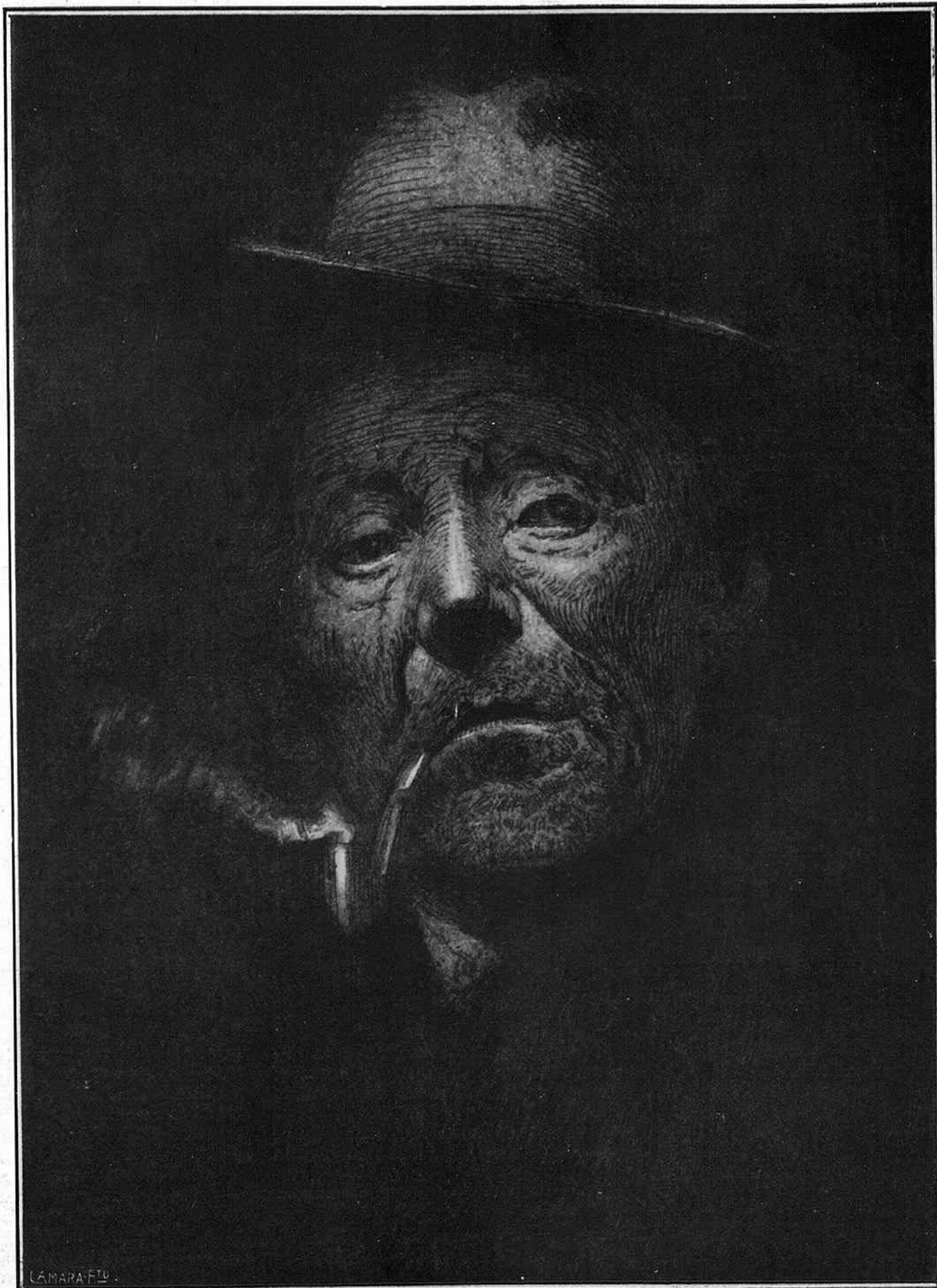
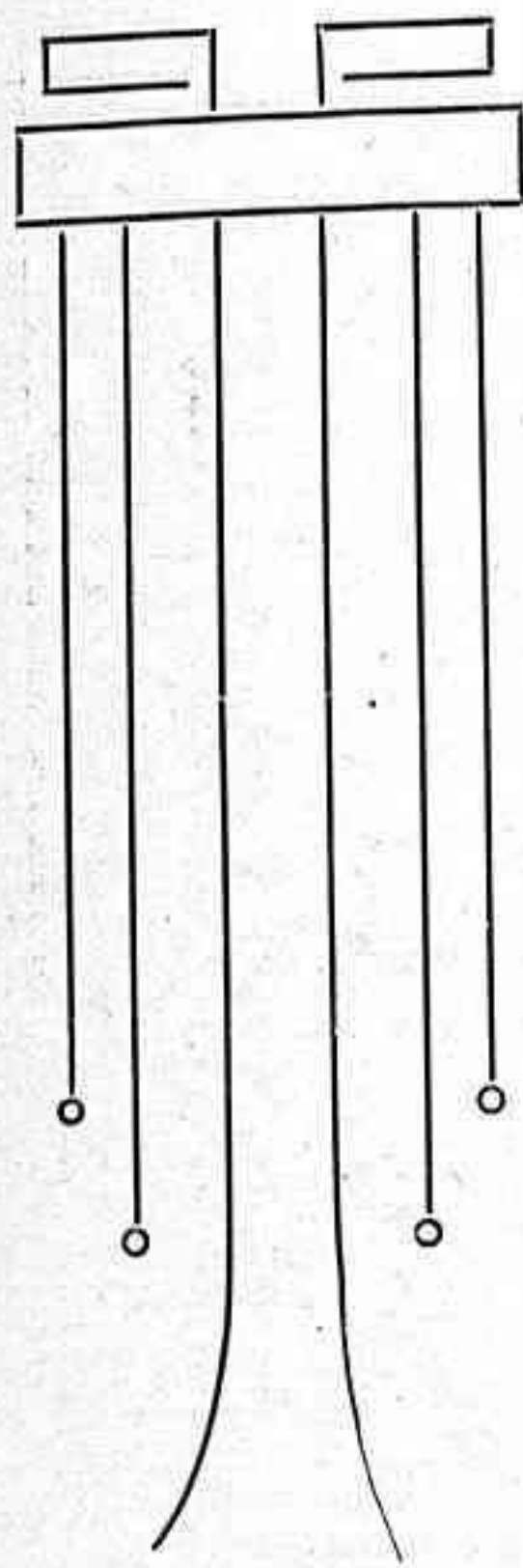


LA CASA DEL INQUISIDOR CORRO EN SAN VICENTE DE LA BARQUERA
Dibujo original de Tomás Gutiérrez Larraya

MINISTERIO DE CULTURA

RELATOS BREVES

E L ' ' M I R Ó N ' '



ERA un viejo gruñón y sucio, fumador impenitente, silencioso y taciturno.

Llegaba todas las tardes al Casino del pueblo, subía renqueando las escaleras de peldaños carcomidos que conducían al piso alto, á la «sala de recreos», y, apenas en ella, se sentaba junto á una mesa de jugadores de *jilley*.

Cuando en las escaleras sonaban los golpes secos de su pierna de palo—reliquia heroica de su veteranía militar—, todos los jugadores prorrumpan en denuestos contenidos:

—¡Ya viene ahí el pelma!

—¿Por qué no se morirá ese vejestorio?

—¡Como se siente á mi lado, «me seca»!

Don Roque, que tal era el nombre del viejo milite desocupado, constituía la obsesión de los jugadores, como todos, supersticiosos y absurdos. Don Roque, al decir de ellos, tenía *jetatura*. El jugador que lo tenía á su lado perdía infaliblemente. Los naipes se tornaban adversos para quien sentía el maleficio de su proximidad.

Y, sin embargo, don Roque era el *mirón* menos entrometido del mundo. El buen viejo llegaba, saludaba cortésmente y se sentaba al lado de uno de los jugadores. Contemplaba silencioso varios envites, y al cuarto de hora se quedaba profundamente dormido. Dormía reposado, con un sueño plácido, de conciencia tranquila y estómago que rige bien. De cuando en cuando, á un ruido más fuerte, despertaba un instante, sonreía con expresión beata y tornaba á dormirse hasta que, ya de madrugada, al terminarse la partida, se levantaba para marcharse tranquilamente.

Los jugadores le odiaban cordialmente. El *mirón*, que no les miraba, perturbaba sus espíritus, que se sentían sometidos á un nefasto influjo. Eran inútiles indirectas ni vayas para espantar á aquel *mirón*, que les desafiaba con la imperturbable serenidad de su sueño.

Aquella noche, Nicolás, el albéitar, apenas don Roque se hubo dormido, exclamó:

—Se me ha ocurrido una cosa para espantar al cojitranco este... Una broma, para que entienda. ¡No hay derecho á darnos mal *fario*! ¿No creen ustedes?

—¡A ver! ¡A ver!—exclamaron los jugadores.

Y en voz queda, el albéitar fué indicándoles su plan. Todos sonriendo, contentos de poder librarse del *mirón* fatal, se prestaron á coadyuvar á la broma.

A una orden del albéitar, el mozo de la sala apagó todas las luces eléctricas:

Y cuando ya la habitación estaba en completa obscuridad, arrojó al suelo una bandeja de metal...

Al ruido, don Roque despertó sobresaltado. Las sombras espesas le rodeaban, pero á sus oídos llegaban las voces habituales de los jugadores.

—¡Paso!

—¡Triplico y doblo!

—¡A descartarse!

Don Roque se restregó los ojos fieramente, como para espantar una pesadilla. Pero no soñaba, no. Las voces claras y netas le advertían de la realidad... Se incorporó trabajosamente sobre su pata de palo y preguntó con honda extrañeza:

—Pero, señores, ¿están ustedes jugando á obscuras?

—¡Ja, ja!—contestó riendo el albéitar—¿Cómo á obscuras? Pero, don Roque, ¿es que se ha quedado usted ciego?

Y de nuevo sonaron las voces rituales:

—Juego... Paso.

—Treinta de mano.

—Para usted es...

Un grito, un alarido desgarrador, un aullido, que no era humano, hendió el aire...

—¡Mis ojos! ¡Mis ojos!—clamaba don Roque desesperadamente.

Reían los jugadores... Se oyó en la obscuridad el golpeteo de la pierna de palo de don Roque, que corría desatentado por la sala gritando desgarradoramente:

—¡Mis ojos! ¡Mis ojos!

Y de pronto un golpe espantoso, un nuevo y más agudo alarido.

—¡Que se ha caído por la escalera!—gritó el albéitar.

Rápido fué á encender la luz. Y vieron al pie de la escalera de peldaños carcomidos á don Roque, caído en el suelo, erizado el cabello, la boca torcida en una mueca trágica...

Tenía las dos manos engarfiadas como dos garras sobre las cuencas de sus ojos; sus ojos, que creyó ciegos, y en los que sus uñas duras se habían clavado, desgarrando los párpados en un vértigo de epiléptica locura...

—¡Mis ojos! ¡Mis ojos!—no cesaba de rugir.

Y entre sus uñas, sus pobres pupilas, ciegas ahora de verdad, eran ya tan sólo dos piltrafas sanguinolentas...

ooo

Lector: te doy mi palabra de que el relato es auténtico. ¿Que es una salvajada? ¡Pchs! En el pueblo donde sucedió se habla de él como de una broma... Y es eso: una broma de un pueblo.

Quien no haya vivido en ellos no sabe todo lo que en España significa eso...

JUAN FERRAGUT

KÄTHE KOLLWITZ



«Sin trabajo»

ESCRIBO la primera noticia en lengua castellana de esta mujer extraordinaria, que es hoy—aquí sí que no caben dudas ni distinguos—el más grande artista de la expresión trágica por medio de la línea y el claroscuro.

«Es mucho hombre esta mujer», decía de la Avellaneda un escritor contemporáneo suyo; pero no estaría en lo cierto quien aplicara estas palabras á Käthe Kollwitz, pensando explicarla y definirla sólo con ellas. No bastan. Porque «si es mucho hombre» cuando pinta con iracundas crispaturas la indignación popular, es muy mujer cuando interpreta el dolor resignado de los humildes y su plácida y fugaz alegría. En sediciones y levantamientos tumultuarios de todo género: *La danza en derredor de la guillotina*, *Al cuarto de las armas*, *Adelante*, *Tumulto frente a la fábrica*, *Rebelión* y otras, su estro es quizá el más viril de nuestro tiempo: brazos que imprecan levantándose, armas que no son sino prolongación de los brazos, y manos vacías, rígidas y en alto, cuya actitud es protesta muda de la más extremada elocuencia: todo lo que representa un impulso potente, ya desbordándose en la huelga que apedrea la fábrica, ya encauzado torrencialmente en *Adelante*, en *Rebelión*, en *Por las armas*, entre los que acabo de mencionar. Pero tiene á la vez una nota de íntima comprensión femenina. En *Sin trabajo*, la madre desfallecida, exangüe, parece descansar; junto, el recién nacido duerme tranquilo; y los demás hijos,

echados en el lecho, siempre fecundo, de la pobreza, duermen también inconscientes; el padre, despierto, recoge para sí el dolor de todos y, reconcentrado, medita.

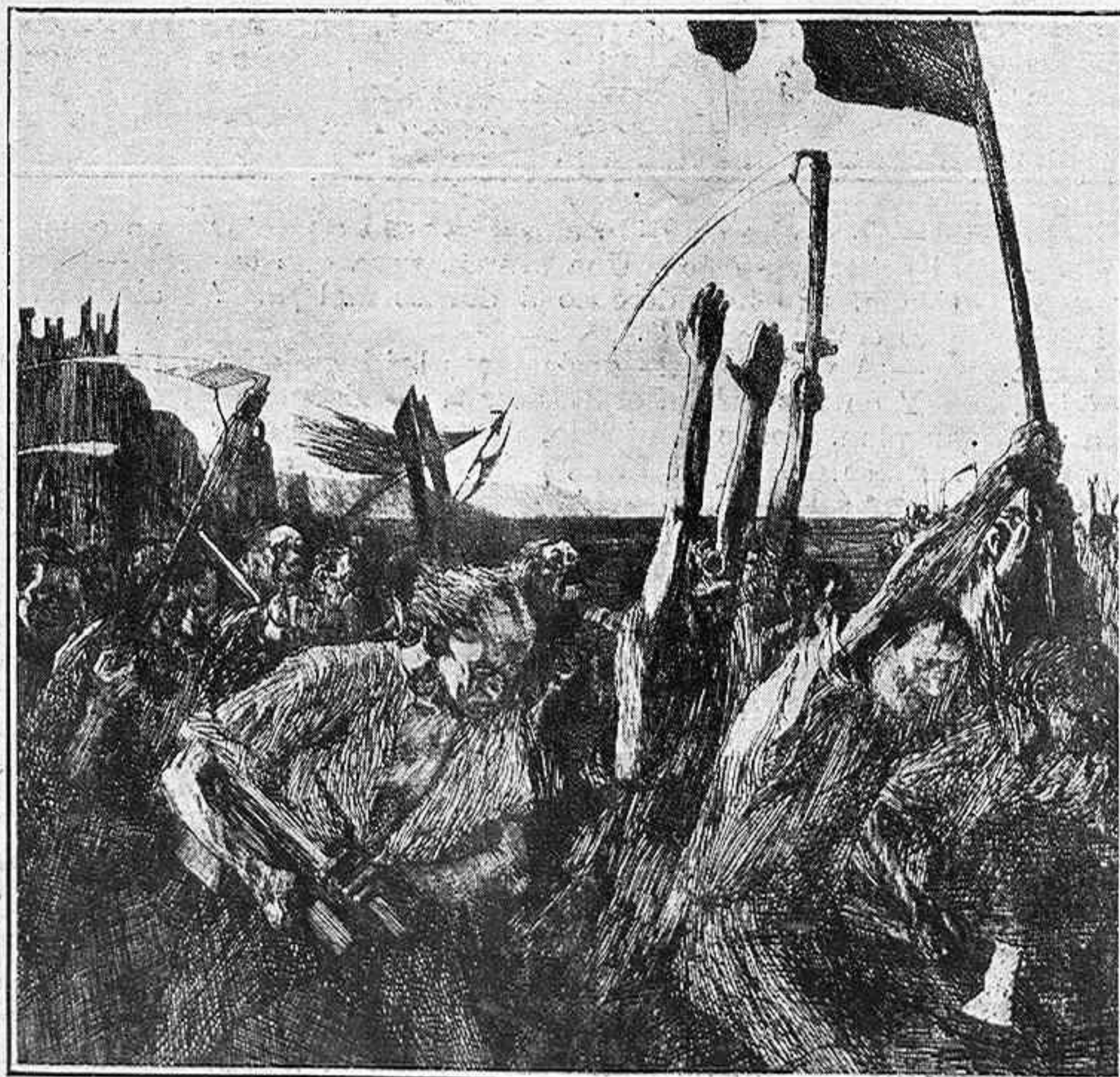
¡Ah, la ternura alegre, sin almibaramiento, de *La madre y el niño*; mujer del pueblo que

mira al hijo, ambos ríen! ¡No es la madona del arte italiano; no es bella; la embellece la maternidad! ¡Ah, la ternura triste de la hermanita mayor que tiene en brazos á la pequeña—maternidad espiritual anticipada de las niñas pobres—, hay tras de ellas un «se prohíbe», y lo que se les veda es «jugar en la escalera y en el patio interior»! La clorosis y la tisis las acechan y esperan. Se presienten y adivinan en los rostros mustios, sin risas, á la edad de las mejillas frescas y de las carcajadas involuntarias.

Pero ¡qué es esa pena desvaída ante el terror que nos sobrecoge al sorprender á la madre *Buscando* á su hijo entre los muertos de la catástrofe, ó recogiendo *Aplastado* bajo las ruedas del *auto* ó del *camión*! Allá una luz, una mano y una cara en medio de la sombra, modelándose todo intensamente; acá, en dos manchas, está la desolación estupefacta de los padres cuando conducen la masa informe que fué su hijo, seguidos por la curiosidad temerosa de la chiquillería callejera que forma fúnebre cortejo.

Procedimientos todos y ninguno: el que mejor convenga á la expresión del asunto, desde el miniado de código medieval hasta el trazo estilizado más simplista. Y todo triunfando y dominando.

No hay crítico, no ya de los buenos—de criterio amplio y sano, que existen—, sino de los pegados parasitariamente á la admiración de un procedimiento arcaico, ó de los que se creen libres y son en cuartos de modernidades incipientes, catadores



«¡Adelante!»



«Aplastado»

de frutos en agraz, que, como el loco del cuento, van desnudos esperando la última moda para cubrir sus vergüenzas, que no tenga, sean cuales fueren sus exclusivismos, algo que aplaudir y admirar en el arte proteico de esta artista multiforme. Es clásica cuando transforma una sedición populachera en irrumpir de huestes antiguas; las hispídas escobas son trofeos latinos, y los cuchillos populares espadas romanas. Es romántica ante el mal irreparable y siempre actual con la verdadera modernidad: la de la vida palpitante.

Es actual y es moderna ;pero aunque no lo fuera, reclamaria justamente, no nuestra atención, que eso es poco: nuestro asombro. Mucho se habria escrito acerca de Käthe Kollwitz en castellano, y siempre quedaria algo por decir. Pero es el caso que esta celebridad mundial—Käthe, nacida en Koenigsberg, ha depurado su arte en Munich, en París, en Florencia y en Berlin, entre justificadas admiraciones—no ha visto hasta ahora su nombre acompañado de un comentario en español, ni aun citado siquiera. Por eso me complaceo en estamparlo en las mismas columnas donde

El concepto de actualidad radica en lo mudable y transitorio de la vida ordinaria, y nada más ajeno á eso que este arte, hecho de angustia y de rebeldía, de tortura, de violencia y de amenaza, que tiene por las condiciones humanas carácter de permanencia; diría de perpetuidad.

Por ley de contraste, conviene hablar del dolor interpretado por tal artista en páginas que vayan á manos de todos: de los desdichados y de los felices.

Nada menos populachero que este arte popular. Nadie más lejos del vulgo retratando á los vulgares. No es un trabajo incipiente que solicite consagraciones; es obra de plenitud.



«La madre y el niño»

escribí por primera vez tantos otros—de Hebbel á Dhemel—ignorados entonces, y que hoy tienen en nuestra lengua gloriosas bibliografías.

FRANCISCO A. DE ICAZA



«Tumulto frente á la fábrica»

REG. B.
M. I. I. I. I. I.
M. I. I. I. I. I.

Psicología de la señorita de un pueblecito cualquiera



La señorita de este pueblecito es pálida. Pálida como la luna, diría un mal poeta. Pálida como la luna y como la luz de acetileno, digamos nosotros.

Este pueblecito no tiene luz eléctrica. Aún no llegó a él el progreso. A lo largo de la carretera—que es la calle principal—hay unos postes con un farol. Un farol en el que palpita una lengüeta de luz de acetileno. Los días que no hace luna, el alguacil va encendiendo estos faroles. Los días que sale la luna por detrás de la montaña—la luna llena es un escudo de oro; en cuarto menguante, una segur de argento—permanecen apagados.

Pero la luz de estos faroles—no sé si azul, amarilla ó verdosa—es tan melancólica como la luna.

Las señoritas de este pueblecito gustan de pasear, enlazadas por la cintura, en largas teorías virginales.

Gustan de pasear en los atardeceres de la primavera y del estío, llenos de suaves colores y de inefables melodías.

Han estado toda la tarde, una tarde silenciosa y sentimental, bordando, haciendo puntilla de bolillos, detrás de la ventana. De vez en cuando levantaban el visillo, por simple é inocente curiosidad.

En cuanto el horizonte se ha vestido de púrpura, las señoritas han dicho:

—Mamá: ya casi no se ve. Me voy á estropear la vista.

Y han ido á buscar á sus amigas—Lolita, Aurea, Cita la de doña Leonor—ó las han venido á buscar.

Enlazadas por la cintura, pasean de arriba á abajo.

Un muchacho forastero se ha acercado á ellas. Poco á poco, cautelosamente, ha ido viniendo la noche. Es decir, un cielo azul de Prusia, unas cuantas estrellas pícaras y una luna llena.

—¿Así es que hoy no encienden los faroles?—pregunta el muchacho forastero.

—Sí. Hoy hay luna. Mire usted. Mire usted ¡cómo riela en el río!

La señorita que va al lado del muchacho forastero es maravillosamente pálida.

Mientras la señorita se ha emocionado viendo rielar la luna en el río, él ha pensado:

—¿Por qué será tan pálida mi amiga Graciosa? ¿Por qué será tan pálida? ¿Acaso de haber soñado tanto á la luna, á la luz de acetileno? ¿Por haberse echado á la cara harina de centeno, en lugar de polvos de arroz? ¿Por reflejo de su propio romanticismo?

Sí. Quizá. Las señoritas de estos pueblecitos son asaz románticas.

La vida acompasada al ritmo de reloj de estos pueblecitos aislados entre las montañas, abandonados del mundo, que por no tener nada, ni tienen estación de ferrocarril, para que ellas pudieran ver pasar los trenes desde el andén; el novio que va en la Universidad, en unas oposiciones á Prisiones, á la Policía, al Catastro; el no tener novio; el folletín; todo, todo contribuye.

Sobre todo, el folletín. ¡Malhadados folletines de Rocambole y de Eugenio Sué, de Xavier de Montepin y de Carolina Invernizio, que han hecho concebir esperanza y deseo, que han ense-

ñado un anticuado arte amatorio á estas pobres señoritas de los pueblecitos, llenándolas de un ramplón romanticismo, aunque romanticismo al fin. ¿Cómo expresan su romanticismo?

El suspiro del corazón, el hablar dulce y melódico, el canto, sirven para la evacuación de ese sentimiento.

Suspiran de una manera desgarradora, como si tuviesen el novio ausente; en sus palabras hay un dejo de nostalgia y de tristeza.

¡Oh, sus palabras saudosas! A cualquier cosa, estas sencillas señoritas de los pueblecitos, interrogan:

—¿Y luceeeego?—al mismo tiempo que miran, inmóviles, con sus ojos mansos, azulados, negros.

¿Y por qué? Interrogación nunca contestada.

Algunas veces sucede que llega al pueblo un viajante, un notario, un juez joven y célibe, que es de Andalucía ó que habla al estilo de aquel país. Entonces las señoritas artificiales, las que quieren pasar por las más esmeradamente educadas, á pesar de no haber salido del pueblo, aprenden el tono por que les parece más fino, y hablan al estilo de Andalucía. Son esas que dicen:

—¿Ay, sí?—ahuecando la voz como las pava.

Pero casi todas son sencillas, buenas y sonrientes. Tan ingenuas, que se ruborizan si se les dice que es muy bonita la rosa que llevan en el pecho. Tienen las pestañas negras, largas. Es grato provocar su risa para ver sus diente-cillos menudos, blancos y las encías rosadas, al abrir la larga boca.

Quando hemos dicho una vulgaridad, pero humorística, se ríen:

—¡Ay, qué pavoro!

Quando cantan, un cantar suyo es una banda de palomas que fuese á posarse en las acacias floridas.

Un cantar antiguo, un cuplé ó una cosa napolitana—que es lo que cantan—aún tienen en ellas espiritualidad.

Y de vez en cuando, también, algún cántico religioso, como aquel que cantan á coro todas las muchachas del pueblo, en la Novena de las Flores:

«Venid y vamos todas
con flores á María,
con flores á porfia,
que Madre nuestra es...»

O como aquel otro que cantaron en la Misión del año pasado:

«Pecador endurecido,
que á Dios no quieres oír,
teme su justa venganza;
si no temes, ¡ay de tí!»

Cantares religiosos ó livianos que ya cantaban sus madres.

El último cantar profano aún no ha llegado.

En estos pueblecitos no hay otros transeuntes como no sean los viajeros de comercio. La fonda sólo tiene razón de ser por ellos. Llegan, visitan comercios, y después que han trabajado, notan que hay algunas señoritas que dan vueltas por la carretera. Les dicen unas cuantas frases hechas, unos cuantos chicleos, unos cuantos chistes, que repiten ordenadamente en cada pueblo, para que no se les agoten.

Estos viajeros de comercio, jóvenes, audaces, dicharacheros, son su único nexo de unión con la vida.

Pero, ¿este viajante de comercio está en contacto con la vida? ¿No lo está con otras vidas monótonas, semejantes á la suya, con tenderos y con las señoritas de otros pueblos idénticos á este?

—Manolo—ó Paco—: ¿sabe usted el último cuplé?—les preguntan las señoritas.

Y Manolo, ó Paco, que no son aves canoras precisamente, ni se preocupan de eso porque ellos van á correr el artículo, y acabado, les cantan—es noche de luna—un cuplé trasnochado, una canción vieja, pero que ellas no conocían.

Estas señoritas de los pueblecitos, bonitas, tristes, pálidas, tienen una bella voz aterciopelada. ¡Con qué voz tan sentimental cantan en los atardeceres!

«Cuando en las noches del estío
blanca y serena esté la mar,
juntos iremos, dueño mío,
á navegar, á navegaaaar...»

—¿Oye usted esa que canta?—ha dicho un señor enjundioso y respetable á los demás señores respetables: el alcalde, el médico, el secretario del Ayuntamiento, el escribano, que andan un momento, con las manos atrás, y en las manos el bastón, se paran, vuelven á andar—Pues es mi hija. Una gran artista, señor; una gran artista. ¡Lástima no poder mandarla al Conservatorio!

En todos estos pueblecitos hay una señorita que sería una gran artista si hubiera ido á estudiar al Conservatorio. Es esa, cuya voz se levanta sobre todas las de las demás con énfasis. A estos pueblecitos no llegan más que unas destartaladas diligencias.

Desde lejos, al bajar la cuesta, se siente la cabellería de las colleras de los caballos. Delante del parador se apean los viajeros. Un cura que ha ido á la capital de la provincia. El recaudador. Unos viajeros de comercio.

Estos viajeros están dos días en el pueblo, se van, y al cabo de algún tiempo escriben en papel de la casa á una de estas señoritas románticas, por hacerse la ilusión de que tienen una novia lejana que les guarda ausencias.

¡Oh, si se llevasen los cuplés nuevos á estos pueblecitos! Sería ofrecer alegría juvenil, como un ramo de rosas, con el que pudieran adornarse á estas señoritas suspirantes.

Pueblos abandonados de la mano de Dios, en los que no hay siquiera un piano, ni un gramófono, nada que alegre el silencio, aunque fuese una bandurria tocada por el boticario—que es lo menos que se puede pedir—; pero en el que hay muchachas que quisieran bailar ó cantar.

Demasiado romanticismo no conviene. Estas señoritas pueden ponerse éticas.

El aroma capitoso de las flores—en demasía, en la estancia, mientras soñamos un sueño irreal—puede envenenarnos, amiga mía. ¿Aún no has pensado en morirte así?

Si se llevase á cada pueblecito de estos un organillo jaranero, inquieto y jovial, se lucha-

ría más noblemente contra la tuberculosis de la joven espiritualidad que haciéndola tomar reconstituyentes. Esparcimiento, esparcimiento, música ligera, y nada de específicos.

Un organillo y un figurín también.

Por piedad, llevemos á cada pueblecito un figurín. Que llegue la moda á todas partes, adonde haya una mujer bonita. ¡Da tanta tristeza ver á estas señoritas vestidas de rojo, de amarillo, de verde, de blanco, á la moda de hace cinco años! Porque nada da tanta tristeza como un traje pasado de moda.

¡Ssssch! El recuerdo de esos pueblecitos, en los que hemos pasado un día, en los que hay muchachas bonitas y morenas que tienen los ojos brillantes como si estuviesen mojados de lágrimas; pálidas de tanto soñar á la luz de la luna y á la luz de acetileno; que se adornan el pelo con las flores rojas de los tiestos de sus balcones; vestidas de colores claros; que cantan con un deje nostálgico; que nos miran desde la ventana, detrás de los visillos, con la frente pegada á los cristales... El recuerdo de esos pueblecitos nos invade de una amable y tierna melancolía.

CORREA-CALDERON

DIBUJOS DE PENAGOS



PENAGOS
XXII

NUEVO ACADÉMICO

DE LA VIDA QUE PASA
La canción
de las
primeras hojas

EN una de las avenidas del Retiro, colgado en el tronco de un castaño de Indias, hubo un letrero que decía así: «Este es el árbol que primero reverdece en el Parque.» Ignoró por qué causa desapareció el letrero. Tal vez aquel árbol prematuro perdiera su virtud de anticipación; acaso el jardinero que escribiera aquel aviso fué jubilado ó murió, ¡obscuro poeta del glorioso Parque! Ante el letrero yo sentía la emoción del adepto en un culto misterioso, porque veía justificada mi preocupación y comprendía que otros seres, tal vez muchos, aunque ignorados, participaban de mi manía propia.

¿Hay debajo del sol, efectivamente, algo que merezca interesarnos más que ese misterio, no por repetido menos inefable, de la anual juventud del mundo? Obsequio de los dioses, prenda de compensación que la Voluntad creadora concede á los seres, la Primavera es lo único de cierto valioso y real que poseemos. Toda ella es plenitud de gozo, ¡pero qué eximia é imponderable materia de placer! Los sentidos completos gozan de ese gozo infinito. La sensualidad y la voluptuosidad, junto con el ensueño y la fantasía, hallan en un día de Primavera una absoluta confirmación.

Manía de la Primavera; obsesión del eterno reverdecimiento; ansia de ver nuevamente el nacimiento de las nuevas hojas en los árboles: esta faena se nos reserva á los que sentimos un supersticioso terror por la sombra, el nublado, el frío, y por toda representación de la muerte.

Ya sé que son innumerables aquellas personas sobradamente dotadas de salud para quienes la mitad de los fenómenos naturales pasan desapercibidos. Sienten la ecuánime preocupación por los asuntos sujetos á medida, peso é interés, y esto les basta; de los otros asuntos están libres, y se reirían de buena gana si les invitásemos á calcular la fecha probable en que han de abrirse los botones de los olmos del paseo habitual.

Llegando el mes de Febrero, las miradas de los maniáticos empiezan á levantarse en una terca consulta de los árboles desnudos. Todavía no es hora. Sin embargo, más de un arbusto anticipa la aparición entonces, y los almendros no suelen refrenar su impaciencia. El mes trascendental es el de Marzo.

Cuando el día tan esperado llega, súmese el ser como en una gran ola cósmica, y dentro de la urna del divino cristal que es entonces el cielo sentimos que ninguna parte de nuestro cuerpo ni cualquier escondrijo de nuestra alma permanecen alejados de la fiesta. Caricia del sol, verdura de los árboles, azul del firmamento, arrullo del aire tibio, sorpresa magnífica de la flor olorosa, vuelo endeble y voluble de la bien vestida mariposa, canto del surtidor, canto de los aflautados mirlos en celo... ¡Un día así, sólo un día, absorbido en toda su plenitud por el ser ansioso y capacitado, compensa los innumerables días estúpidos ó dañosos del año!

Yo poseo una diestra aptitud forestal, habilidad de jardinero, para sorprender los momentos de los árboles y perseguir en sus ramas las iniciaciones, las apariciones, los rápidos avances. Es temprano todavía, y el fracaso de la ilusión me devuelve la necesaria desconfianza. Pero un día, cruzando bajo los olmos, los veo florecidos. Entonces corro á cerciorarme mejor y busco los huertos abrigados, calientes entre las oportunas tapias; en efecto, esta vez no era ilusión, puesto que los botones se han roto completamente. Los álamos blancos tienen fuera sus hojas vacilantes. ¡La Primavera está ahí llamando fuerte y con prisa!

Una poesía japonesa (el propio emperador Koko la dejó escrita) describe como nada, y con la maravillosa brevedad característica, ese indeciso y poético momento del alborear de la bella estación:

Sólo por ti
invado yo los campos de la Primavera
y corto las tiernas ramas nacientes,
mientras cae la nieve
sobre las mangas de mi vestidura...



D. JOAQUÍN ALVAREZ QUINTERO

Eminente autor dramático, que ha sido elegido académico de la Real Española para cubrir la vacante que dejó al morir el Sr. Ortega Munilla

FOT. ALFONSO

Cada mañana extendemos el periódico sobre la mesa: sólo disputas, agravios y pavorosos presagios de mortífera enemistad llenan sus páginas. El mundo nos parece cada mañana más bravío y brutal que la mañana anterior. Se nos figura que el hombre ha perdido alguna tuerca fundamental y que bulle, por tanto, en movimientos irrazonables.

Es cuando reclamamos ayuda para huir de la desesperación. Tras la ventana, el cielo nos habla de la eterna bondad. Un árbol. La hoja

quiere romper su cárcel. Allá abajo aquel albaricoque ha abierto, por último, sus florecillas de nieve y rosa mezcladas...

Si. Alguien está empeñado en suplantar las torpezas del hombre. Después de comprobar por el periódico la locura del mundo, miro al cielo y hago que el alma huya al azul, para que, bañándose en esa serenidad, se corrobore en la idea de lo eterno incorruptible.

JOSÉ M.^a SALAVERRIA

EL GRAN COSO DE LA VILLA



de 1619. Dos grandes casas de la villa labráronse en sus testeros. Entre las calles de Toledo y de Botoneras, la carnicería, donde se servía indistintamente á vecinos de la villa y á forasteros, á diferencia de las que existían anteriormente, una en la plazuela del Salvador, sólo para los hijodalgos, en la que se pesaba sin sisa, y otra en la colación de San Ginés, para los pecheros, con sisa, hasta 1583, en que desapareció el pechaje.

Pero la casa príncipe es la Panadería, que se eleva frontera de aquella. Destruída casi totalmente en el incendio de 1672, aplicáronse á su reconstrucción doscientos veinte mil ducados; es decir: más de lo que medio siglo antes había costado la construcción de la plaza entera.

Un Real decreto de 1.º de Agosto de 1684 concedió á D. Diego Orejón la alcaldía de la Real Casa Panadería, con la condición de que viviese en ella, quedando las habitaciones destina-

gusto sin los tres formidables incendios que ha sufrido esa plaza. El 7 de Julio de 1631, el 2 de Agosto de 1672 y el 16 de Agosto de 1790. Fuegos á los que se acudió de distinta manera, pues si para mitigar el primero sacóse el Santísimo Sacramento, la experiencia del último dió en el contrario rigor, siendo prohibidos los farolillos de los retablos de las imágenes religiosas. Has-



PUDIERA decirse que es toda ella un solo monumento. Duerme en su fondo la laguna de Luján, y en torno de aquel agua tapada, que pudo hacer de Madrid una Venecia si no fuese porque las torrenteras no son navegables como los canales, alzóse la plaza del Arrabal, que en los tiempos del señor Rey de Castilla D. Juan el Segundo, tenía ya sus tenderetes de mercado como los zocos castellanos de Segovia, de Avila ó de la opulenta Medina.

Son los Reyes Católicos quienes en 1494 disponen en unas Ordenanzas cómo deben quedar establecidas las tiendas en las casas. Y en 1591, hablándose ya como de cosa muy antigua de los soportales de la Plaza Mayor, mándase quitar en ellos los pilares de madera para substituirlos por otros de piedra con sus bases y capiteles de recia berroqueña. Y es la majestad de Felipe III quien determina la construcción de esta que conocemos, amplia, majestuosa, severa y digna de la santa monarquía en cuyo tiempo hubo de ser trazada.

Doscientos mil ducados de coste y dos años de tiempo hubieron de emplearse en hacer esta nueva plaza, gallarda invención de Juan Gómez de Mora, que vióse terminada en el año

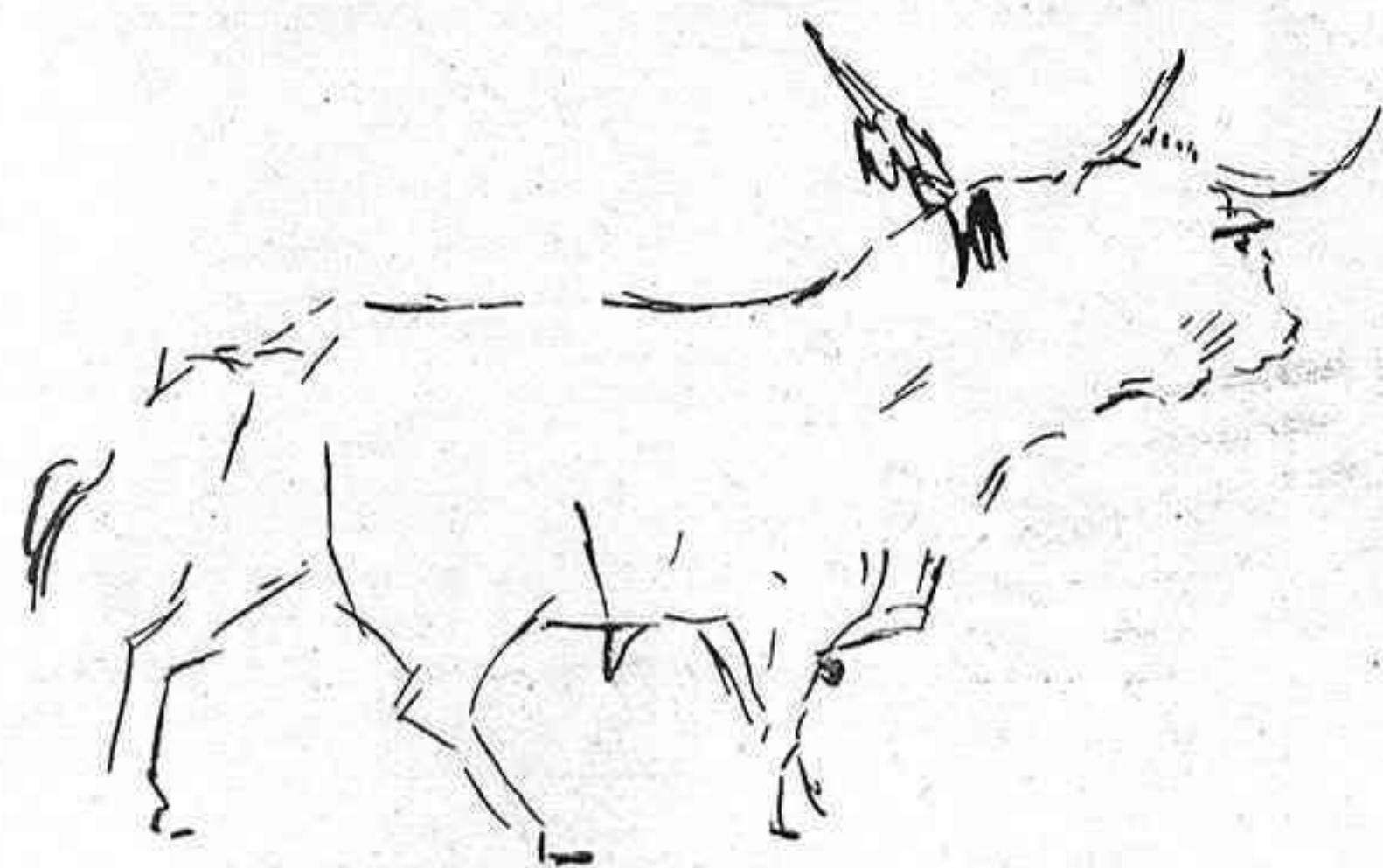
das á los Reyes completamente desocupadas y todo el edificio bajo la custodia del alcaide. Así, cuando en 1715 dispuso la villa que pasara á esta casa el Peso Real, que estaba en la calle de Postas, opúsose á ello D.ª Jerónima de Miranda, como madre, tutora y conservadora de D. Joaquín Orejón, hijo de D. Diego; pero aunque el expediente duró hasta 1731, al fin resolvióse como era justo, con la afirmación de derecho de la villa, sobre el que aquella familia creía tener por privilegio real.

Fué Donoso el arquitecto que hizo esta Casa Panadería que hoy conocemos, quedando de la primitiva el severo pórtico de Gómez de Mora. Es elegante y bella, perteneciendo al más puro tipo de estilo madrileño, y contribuyen á darle su peculiar carácter las pinturas de la fachada, que fueron obra de Luis Velázquez, y modernamente han sido restauradas por Martínez Cubells. ¡Oh, plaza solemnisima, coso magnifico de la villa mantuana! Extendiase en su derredor, al cobijo de los soportales, el viejo comercio madrileño, según las indicaciones señaladas por los gremios, que eran las de marcar el lienzo de poniente para los portales de paños; en el meridional, ó sea donde se halla la Casa Carnicería, los de cáñamos y sedas; en el de Levante, desde Botoneras á la calle de la Sal, los de quincalla, manteros y zapatería, y en el del Norte, sedas é hilos, á excepción de la planta baja de la Panadería, donde estaba el Peso Real y Fiel Contraste.

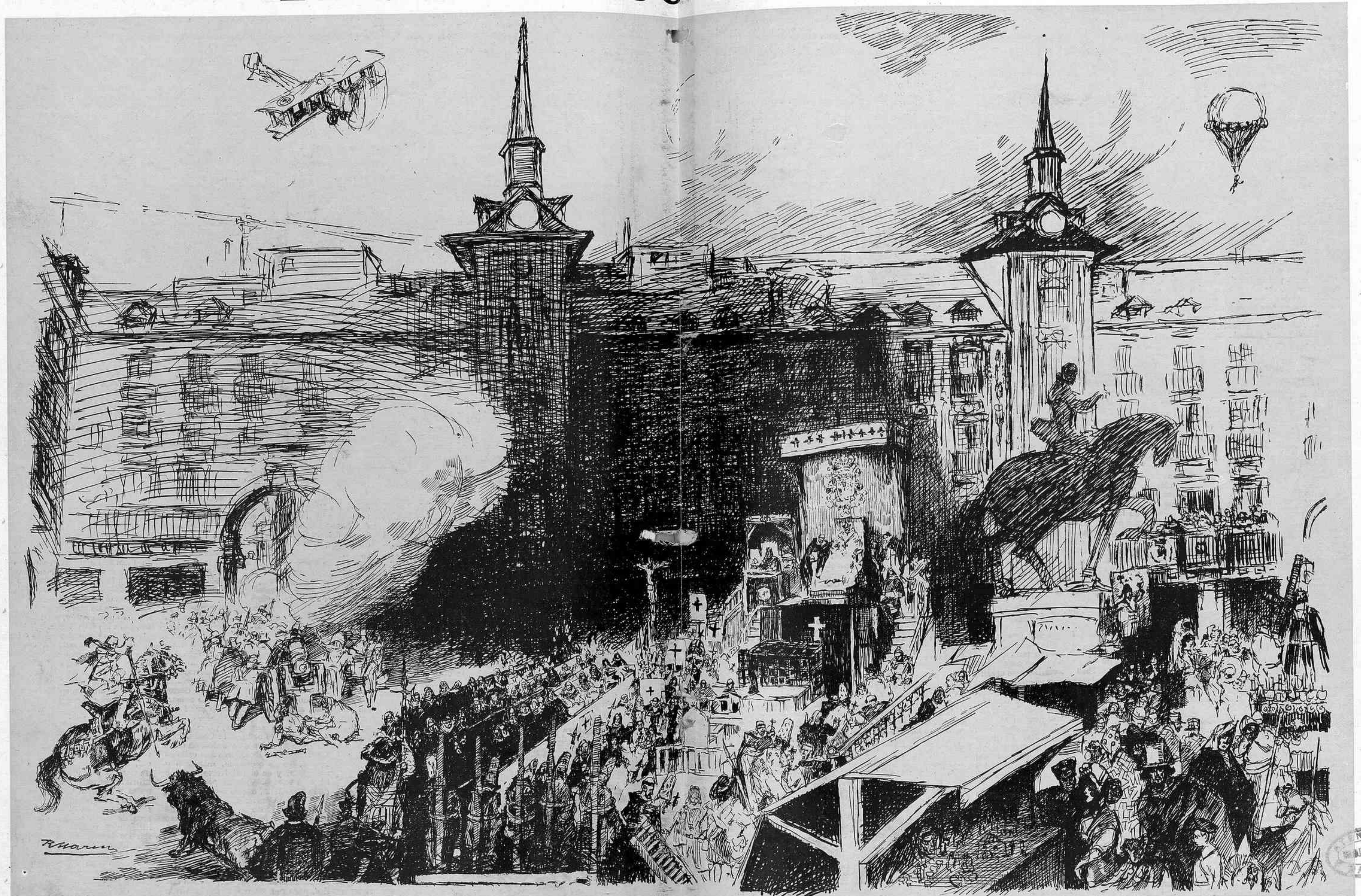
Hecha la Plaza Mayor escenario de ceremonias y festejos, y alquilándose los balcones de sus casas para presentarlos, púsose tasa á ellos el 30 de Junio de 1620, señalando el precio de doce ducados para los primeros pisos, ocho para los segundos, seis para los terceros y cuatro para los cuartos, entendiéndose sólo el alquiler por las tardes, pues por las mañanas el disfrute pertenecía á los inquilinos. Y á fe que entre los espectáculos que les estaban reservados habríanse pasado muy á

ta fines del siglo XVIII duróles á esos vecinos otro espectáculo: el de las ejecuciones capitales, que fueron trasladadas á la Plaza de la Cebada. Mientras acontecieron en la Mayor, se levantaba el cadalso frente á la Casa Panadería, si la pena era de garrote; delante del portal de paños, si era de horca, y á la parte de la Carnicería, para los degollados.

¡Cuántos sucesos, y cañas y lanzas, y toros, y fiestas pías incruentas ó sangrientas han presenciado los muros venerables de esta plaza! Fué el primer festejo en ella celebrado el de la beatificación de San Isidro, el 15 de Mayo de 1620. Formóse una solemnisima procesión, para la cual se juntaron en Madrid los pendones, cruces, cofradías, clerecías, alcaldes, regidores y alguaciles de cuarenta y siete villas y lugares, formando una procesión en que iban ciento cincuenta y seis estandartes, setenta y ocho cruces, diez y nueve danzas y muchos ministriles, trompetas y chirimías. El cuerpo del beato fué colocado en el arca de plata que hicieron y regalaron los joyeros de Madrid, en la cual se conserva, y por ello tiene una de las llaves la Congregación de San Eloy, que está formada por esos artifices. Vinieron el Rey y su familia desde



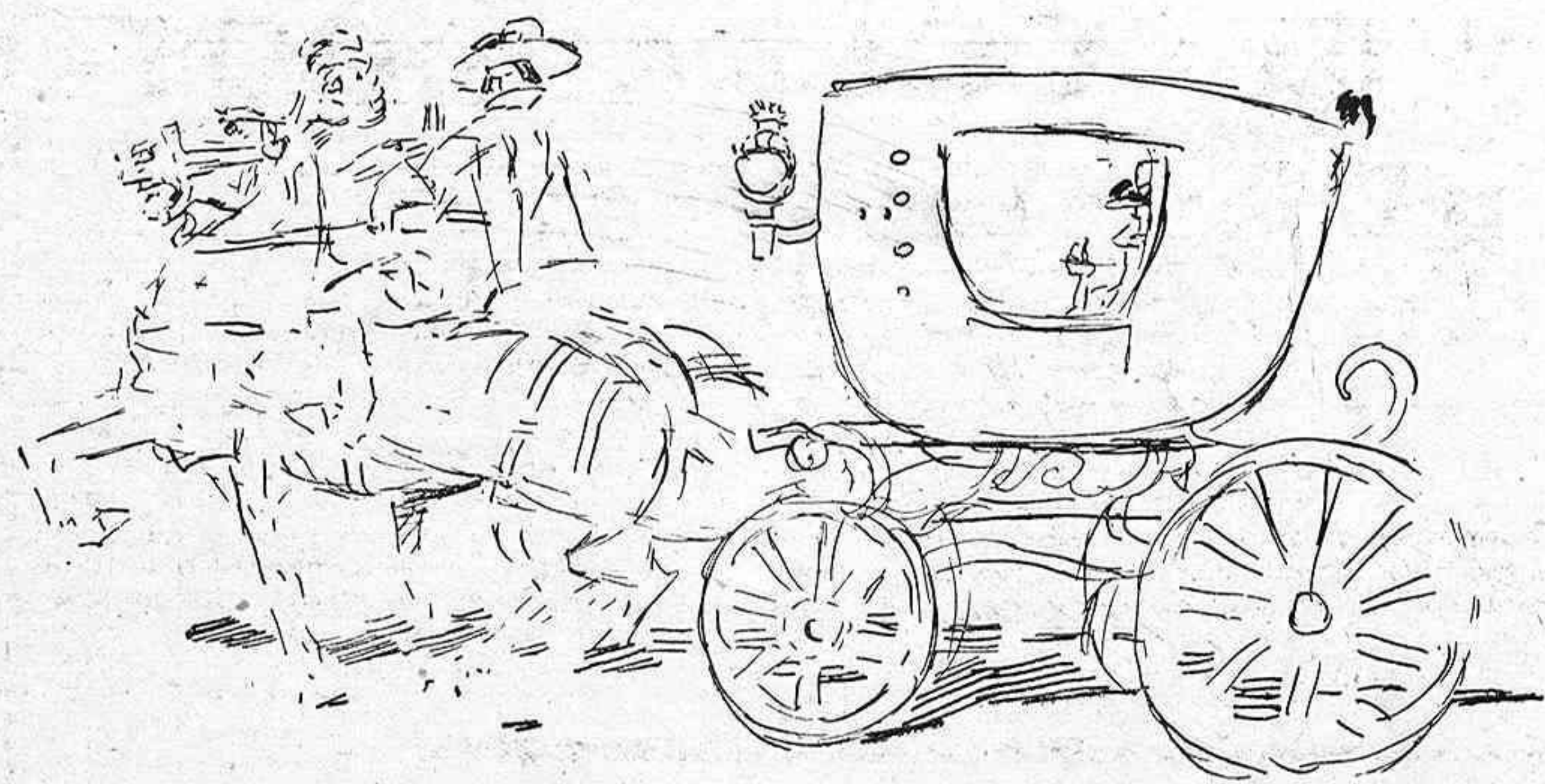
EL GRAN COSO DE LA VILLA



Algunas fases de la vida española que ha presenciado la Plaza Mayor, de Madrid, desde que la majestad de Felipe III determinara su construcción en el año 1617, constituyendo un monumento grandioso, digno de la poderosa Monarquía en cuyo tiempo hubo de ser trazada.

NEO DE
MARTES
LABRIS

DIBUJO DE MARÍN



Aranjuez, y hubo danzas, máscaras, juegos y encamisados durante seis días. En la plaza se armó un castillo de fuegos artificiales, que por descuido se quemó antes de tiempo, y la función terminó con la justa poética con nueve temas que propuso la villa, certamen en el que actuó de secretario Lope de Vega.

La primera proclamación que se verificó en la Plaza Mayor fué la de Felipe IV, por quien se alzaron pendones el 2 de Mayo de 1621. Pocos meses después presenciaba esa plaza la degolla-



ción de D. Rodrigo Calderón, marqués de Siete Iglesias, que tuvo más dignidad para la muerte que había tenido para la vida, y á quien el concurso que llenaba los balcones hubo visto en aquel mismo lugar gallardamente al mando de la guardia tedesca.

El 19 de Junio de 1622 celebró Madrid la canonización de San Isidro, á los dos años de la beatificación. Festejóse al mismo tiempo que la de San Ignacio de Loyola, San Francisco Javier, Santa Teresa de Jesús y San Felipe Neri, con gran solemnidad de altares en las calles, y en la Plaza Mayor fueron representadas dos comedias de Lope de Vega, teniendo por asunto pasajes de la vida del santo labrador.

Vino á Madrid el Príncipe de Gales, luego Carlos I de Inglaterra, á concertar su enlace, que no llegó á verificarse, con la hermana de Felipe IV, Infanta D.^a María, permaneciendo en la Corte de España la primavera y el verano de 1623. Era la Plaza Mayor escenario obligado de la fiesta de toros, y así, el 1.^o de Junio celebróse la primera en obsequio del huésped inglés.

Púsose un balcón dorado junto al de los Reyes, y la Reina, que no vino en carroza, sino en silla, por hallarse en estado, llegó acompañada á pie por el conde duque de Olivares y el de Benavente, el marqués de Almazán y dos alcaldes de corte, ocupando su balcón con los Infantes y la Infanta D.^a María. En el balcón adosado, dividido por un cancel ó biombo, púsose el Rey con el Príncipe de Gales. Y fué esta fiesta la primera en que se usó el sacar arrastrados con mulas los toros muertos, invención del corregidor D. Juan de Castro y Castilla. Y el 21 de Agosto hubo fiesta real de cañas, en que figuraron diez cuadrillas, asistiendo la Infanta María vestida del color del Príncipe, que era el blanco, y quedando en la liza muy lucida la destreza de los caballeros, entre los que atrajo singularmente los vítores del concurso el joven Felipe IV, mozo de diez y ocho años, cuya apostura y gentileza fueron admiración de sus vasallos y de los ajenos.

El primer auto de fe que se celebró en la Plaza Mayor fué el celebrado por la Inquisición el 21 de Enero de 1624 para juzgar al reo Benito Ferrer por fingirse sacerdote. Á esta ceremonia asistieron los Consejos y autoridades con toda la Comitiva que se formaba en estos casos, y el reo fué quemado vivo en el brasero que había fuera de la Puerta de Alcalá.

El 14 de Julio del mismo año hubo otro, en el que era condenado Reinaldos de Peralta, buhonero francés, sentenciado á garrote y después quemado su cadáver.

Siguieron alternando fiestas de toros y ceremonias inquisitoriales. En 1629 celebrábase las bodas de D.^a María, que estuvo para casarse con el Príncipe de Gales, y ahora se casaba con el Rey de Hungría. En 1632 verificábase el auto de fe presidido por el inquisidor general cardenal D. Antonio Zapata, y al que asistieron los Reyes, por los agravios al Cristo de la Paciencia. El viernes 5 de Noviembre de 1548 fueron degollados en público cadalso el general D. Carlos Padilla y el marqués de la Vega, como reos de la conspiración para matar al Rey. El duque de Híjar, D. Rodrigo de Silva, pagó diez mil ducados por rescatar la vida, que pasó en cárcel perpetua. Y en 1662 otros reos de regicidio, los cómplices del marqués de Liche, hallaron allí su muerte.

Fastuosas fiestas con motivo de entradas de Reinas, la de Doña Mariana de Austria, segunda mujer de Felipe IV, y la de María Luisa de Orleans, primera esposa de Carlos II; festejo el celebrado para esta Reina, en el que estuvo á punto de perecer cogido por un toro el legendario caballero conde de Koenismark. Y aquel mismo año de 1680 hubo en la Plaza Mayor el más prolongado y tremendo auto de fe de cuantos han sido en tal lugar. Ciento diez y ocho reos aparecieron en él, y el Rey y la Reina lo presenciaron desde un balcón que para ello se hizo delante de la Casa Carnicería.

Esa plaza cerró sus balcones para recibir al

archiduque Carlos en la guerra de Sucesión y hacerle pensar que había penetrado en una ciudad muerta. Y durante todo el siglo XVIII, convertido su ámbito en mercado, sucedieron en él las proclamaciones de monarcas, y una vez vió turbada su paz cuando en el motín de Esquilache habló desde la Panadería el cabrero Bernardo para dar cuenta de la embajada popular que había llevado á Aranjuez, donde estaba refugiado el Rey. Y aquí donde el 24 de Agosto de 1808 fué proclamado solemnemente Fernando VII, levantábanse cuatro años después arcos triunfales para recibir á las tropas que venían al mando de lord Wellington. El 15 de Agosto de ese año de 1812, lo que se proclamaba en la Plaza Mayor era la Constitución votada en Cádiz, y se descubría la lápida que daba nue-



vo nombre á la plaza. Mucha sangre había de correr en la defensa de esa idea, y junto con las de los héroes de la milicia nacional, aparecen en el 1.^o de Julio de 1822 las épicas figuras de Riego y Palavea.

Las corridas reales para festejar las bodas de Isabel II y Don Francisco de Asís son las últimas celebradas en esa plaza, que muy luego veía extenderse un jardín en su centro y presidirla la estatua de Felipe III, que hasta entonces estuvo á la entrada de la Casa de Campo. Estatua desarmada cuando esa plaza se llamó por breve tiempo de la República, y de la República Federal, y vuelta finalmente á su lugar definitivo.

Una nota muy bella ha desaparecido de la Plaza Mayor, y era el mercado de flores que en ella se instalaba la noche de la verbena de San Juan. Pero aún permanece en los días de Navidad el pantagruélico mercado, en que toda la Península y sus islas adyacentes ofrecen al habitante de la Corte la más varia y suculenta feria de los manjares. Otra feria continua y de diferentes aspectos cobijase todo el año en esta plaza, por donde pasa toda la vida popular madrileña, y entre cuyos muros parece quedar todo el espíritu de la historia española. Esta plaza, á la vez uniforme y diversa, en la más maravillosa armonía, como cumple al prestigio de su localidad y de su universalidad, que nos la hace representar como el santo patio común de una villa que ha sido Corte de dos mundos.

PEDRO DE REPIDE

DIBUJOS DE MARÍN



MISTERIOS DE PARÍS

EL COLLAR ROTO

A una señora amiga mía se le ha roto el collar, y, afortunadamente, lo advirtió a tiempo de impedir que se desgranase en el suelo. Con mucho cuidado recogió de su nuca las perlas, guardándolas en el bolso. Sucedió la cosa en los bulevares y en pleno día. Muy cerca de allí se encuentra la casa de una enhebradora, la cual, de seguro, está entregada al trabajo. Madame permite que yo la acompañe, habiéndome invadido una repentina curiosidad por sorprender el misterio de una clínica para joyas.

A la sombra de las catedrales se agazapan tienducas y oficinas religiosas, y el barrio trasciende a una burguesía conventual. De la misma manera el Hotel Drouot, la famosa almoneda de las grandes quiebras mundanas, caracteriza el rincón donde se halla la celda en que se ejerce el oficio misterioso y poético. Abundan en las rúas húmedas y sombrías los establecimientos dedicados a la melancólica evocación de esplendores desvanecidos. Un almacén de antigüedades ocupa el bajo de la rancia vivienda, en cuyo último piso, al final de una escalera que cruje, tras una puerta enana y gruesa, laboran las hadas. Se tira de un cordón rematado en una borla, y suena adentro una campanilla. A poco acude una vieja desdentada y con la cofia, invitándonos a pasar, si lo consiente el gato, que entre las pantuflas de su ama runrunea y enciende sus fosfóricos ojos, que brillan en la obscuridad del recibimiento...

Una saleta empapelada con un rameado arcaico, ya desnivelado el techo, con su rosetón de escayola, y renegrida, aunque pulquerrima, la chimenea, sin fuego, y sobre la que muere el azul de un espejo que ha debido reflejar las emperifolladas capotas del Segundo Imperio. Sillas que perdieron el barniz y de nuevo lustrosas por el uso. Una butaca recosida en su panza. La luz fría y mate que llega por la ventana descubre algo más que esos vestigios de honestidad y pobreza paternas. Resbala la claridad en el linoleum que tapiza el pavimento, sin duda de azulajos resquebrajados. Previsión contra el peligro de una perla fugitiva. Una de las incontables que se amontonan y ruedan por el tapete verde de una mesa con un listón de seguridad en torno, colocada junto a la vidriera con su cruz silueteándose en el cielo.

Tres mujeres, jóvenes las tres, trabajan sin descanso. Una calcula el equilibrio de un collar futuro, con la ayuda de una balanza de juguete, y depositando en los cacillos hasta unas hebras de seda. Otra, armada de una aguja,

enfila una armoniosa serie de bolitas risueñas como los dientes de los niños. La aprendiz, diríase que todavía en la proximidad de su infancia, se divierte extendiendo en la franela esmeraldina regueros de arroz, con los que finge un sautoir de muñeca. Ninguna habla, ni cantan en coro, como parece convenir a su tarea. Son hermosas, con una belleza de bondad. Se apartan de la parisense maquillada, para acercarse a las monjitas de las confituras y a las aldeanas de los bolillos. Finas, demasiado finas, gastadas las manos y la vista dispersa en su fatiga. El tablero como una pradorita y las perlas con su abundancia, proyectan nacarados matices en los rostros pálidos. El tricót de una de las princesas esclavas deja un escote mo-

reno y terso, excepcional sensación de la carne en el ambiente casi místico.

La abadesa, digo, la maestra, examina el collar de mi amiga, diminuta sierpe que semeja iluminada por dentro, blanca y chispeante de oro, a la que hay que cambiar su alma de seda. Luego que substituyó el hilo antiguo por el que va sacando de un carrete, como de un capullo que directamente lo produjera, ha lavado las perlas, que recobran su virginidad. Y en seguida se dispone a reforzar la sarta, y después la enceró con un cabo de vola, y aún le añadió en los extremos unas imperceptibles tildes de platino, y afianzó con unos nudos los más pequeños brotes de las conchas. Todo ello en la fluidez de un silencio que acariciaba, y con una habilidad que hacía pensar en las arañas y su tejido fantasmal.

Con extraño prestigio la obra se realizaba ante mis ojos. Saliéndose de la vulgaridad de las profesiones corrientes, quería yo reconocer la fineza de la vocación en quienes se dedicaron a un ejercicio tan peregrino. Una particular voluptuosidad experimentaban, de seguro, al hundir sus dedos afilados en la montañuela de perlas, cascabeles sólo de resplandor, no ruidosos; y al saberse pobres en medio de la riqueza fabulosa, y sin envidia ni deseo entre las tentaciones que se reproducirían a lo largo de la existencia entera. Creíamos encontrarnos en una gruta mágica, a pesar de los muebles, y asistir al reparto con que las hadas favorecían a sus elegidos, sembrando de perlas su cuna, la sal de las ferias...

En esto, levantándose, y entregando el collar a mi amiga, dijo la maestra:

—Seis francos...

Triste despertar de un sueño de magia. Porque sin que se desvaneciese su alucinación mansa, el hada se revelaba en su verdad de obrera con una servidumbre terrible. Su éxtasis no significaba sino agotamiento. Ruda, enorme carga la de jugar con perlas. Las pupilas se apagan, los nervios sécanse, el pecho se destroza en la forzosa postura abatida. A la vuelta de unos pocos años, la mujer se convierte en un espectro, como los formidables mineros debajo de la tierra. Y ninguna alegría traen las perlas, allí un puñado de material, simples elementos de una industria. Comienzan a seducir cuando salen del taller humilde, ordenadas ya en el ritmo de un cuello de diosa, como los colores de la paleta hablan al combinarse en el lienzo.

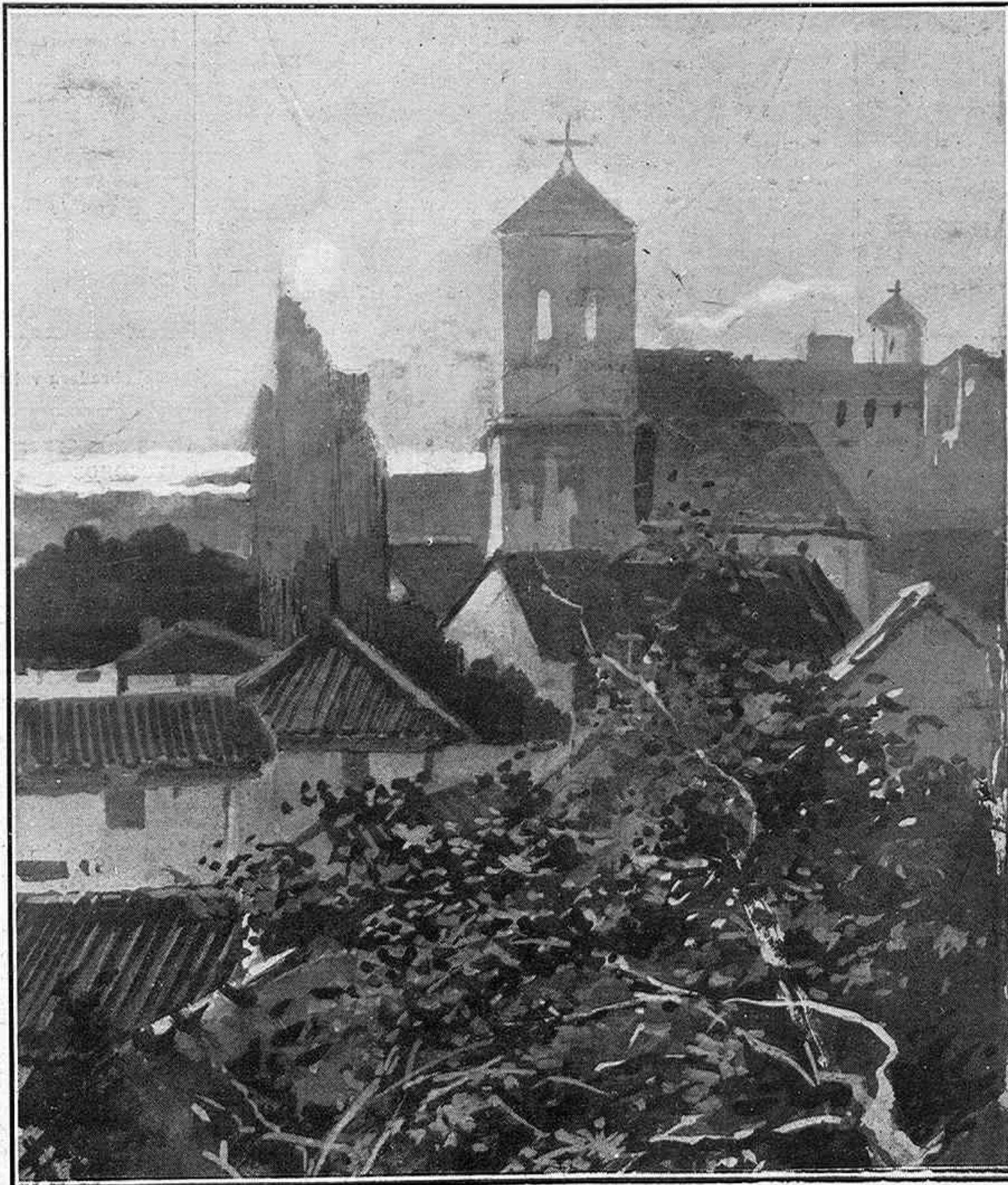
—Seis francos...

Al recibirlos, sonrío, y agrega la infeliz:

—Gracias.

Federico GARCÍA SANCHIZ
París.

BRUMAS...



Terminaban de la tarde los postreros resplandores; a la luz que se alejaba se perdían los colores; los contornos de las cosas se empezaban a borrar, y en las cruces de los altos y elegantes campanarios que las nubes escalaban con impulsos temerarios, de la niebla los jirones se enredaban al pasar.

Como mano de un amante, que, impaciente y temblorosa, estremece las vidrieras dando señal misteriosa y con quejas y suspiros turba el sueño de su amor, a través de los cristales, como un dulce y leve acento, se escuchaban los crujidos de los vidrios con el viento, como señal convenida, de cariño, ó de dolor;

y a ese débil llamamiento con suspiros quejumbrosos contestaban musicales los acentos cadenciosos de un adagio de Beethoven que sonaba en el salón, y las notas que del piano, como pájaros, salían, y las brisas de la tarde, que el cristal estremecían, estallaban, como besos, al chocar en el balcón.

Mas, de pronto, como un alma que conmueve un mal presagio, se estremecen en los aires los acordes del adagio é interrumpen, discordantes, su solemne precisión; y ahora marchan presurosos, luego suenan lentamente, y ya se oyen confundidas, ya se escuchan claramente, cual se sienten los latidos de un enfermo corazón.

Es que son aquellas notas, de cadencias misteriosas, remembranzas que levantan tempestades dolorosas en el alma de las damas que el teclado hace sonar; y ha tocado delirante los acordes favoritos de aquel tiempo de alegrías y de irris infinitos, cuya pérdida sus ojos se han cansado de llorar,

resurgiendo vigoroso del sepulcro del pasado, sacudiendo las cenizas con que el tiempo lo ha ocultado, de los ritmos musicales al poder evocador, el cadáver de su dicha, con su corte de dolores, que trayendo va a su mente los románticos amores que su vida iluminaron con celeste resplandor...

Cada nota es un recuerdo de sus muertas ilusiones; cada arpegio va poblando de fantásticas visiones a sus ojos aterrados las paredes del salón, y sus manos, sin embargo, no se apartan del teclado, temerosas de que vuele como un pájaro asustado, cuando cese la armonía, la soñada aparición.

Del balcón ha visto, lentas, entreabrirse las maderas, dando paso a tenue sombra que se extiende en las vidrieras, y se siente estremecida por insólito temblor, y su busto se desploma sobre el nítido teclado, que oprimido con violencia por el cuerpo desmayado dió un sonido discordante, como un grito de dolor...

Del adagio de Beethoven se perdieron los sonidos. Se ve un cuerpo sobre el piano con los brazos extendidos que una lámpara ilumina desde el techo del salón. Las campanas de las torres dan el toque de oraciones, mientras pasan lentamente, cual fantásticas visiones, blancas ráfagas de bruma por los vidrios del balcón...

Mercedes PINTO

DIBUJO DE VERDUGO LANDI

VIDA ARTÍSTICA
UNA EXPOSICIÓN DEL CÍRCULO



«El niño pescador», dibujo de Dionisio Baixeras



«Flores y frutas», cuadro de Cayo Guadalupe



«Labradora valenciana», cuadro de Carlos Vázquez

EN el Salón del Círculo de Bellas Artes se expone actualmente un conjunto de obras pictóricas enviadas por la *Sociedad Artístico-Literaria de Cataluña*, al que se han unido tres cuadros de los Sres. Moisés y Forn, residentes en Madrid, pero que pertenecen á la entidad mencionada.

Significa una aportación estimable y que responde á este legítimo deseo de que se les conozca en todos sus aspectos, que ahora conmueve y atrae hacia la capital de España á los pintores catalanes.

Primero la importantísima manifestación de paisajistas organizada por el Real Círculo Artístico el año último; luego, el envío de unos cuantos artistas jóvenes, y ya firmemente destacados, á la Exposición Nacional, donde el Jurado no supo ó no quiso estimar como se merece, negándoles no sólo toda recompensa, sino el derecho á una agrupación, elocuente por lo homogénea y oportuna por lo significativa. Mañana, la colección Plandiura, que será acaso lo más intere-

sante por como está contenida en ella—con algunas escasas excepciones de mérito indudable— toda la pintura catalana de hoy.

Y ahora la Exposición de la Artístico-Literaria.

Puede, por lo tanto, aquella parte de público madrileño á quien interesan las artes, ir conociendo los valores estéticos de la Cataluña actual; elegir dentro de sus preferencias aquellas normas que más atractivo y similitud guarden para su temperamento, ya que la pintura catalana ofrece harto diferentes y definidos caracteres.

En este propósito la Exposición de la *Sociedad Artístico-Literaria* cumple su cometido, sin que le reprochemos nosotros, como se le ha censurado en otros comentarios periodísticos, su falta de selección, su confusa y peligrosa promiscuidad de obras notables con otras menos importantes.

No hay que olvidar que vemos la exhibición de una Sociedad donde todos sus miembros tienen iguales derechos. No se trata de una exhibición selecta é intransigente. Con esa intransigencia que le exigiríamos á un Comité libre ó á un espíritu cultivado que deseara concretar.

Es, sencillamente, que la Sociedad Artístico-Literaria de Barcelona envía al Círculo de Bellas Artes de Madrid unos cuantos cuadros de sus socios. Y resulta lo mismo que si se realizara el episodio á la inversa, que si el Círculo madrileño mandase cuadros de sus socios á Barcelona. Un intercambio sin pretensiones ni otras cualidades que las peculiares de algunos de los expositores.

Porque ni el Círculo de Bellas Artes de Madrid representa á la totalidad de los artistas residentes en la capital de España, ni la Sociedad Artístico-Literaria á los artistas de Cataluña.

Son sectores estimables, laudables, dignos de atención y de tenerse en cuenta al tratar globalmente de la vida artística nacional.

Suponerles más sería absurdo; imaginarles menos sería injusto. Confundir la cortesía y el respeto con la sinceridad crítica, peor todavía que los

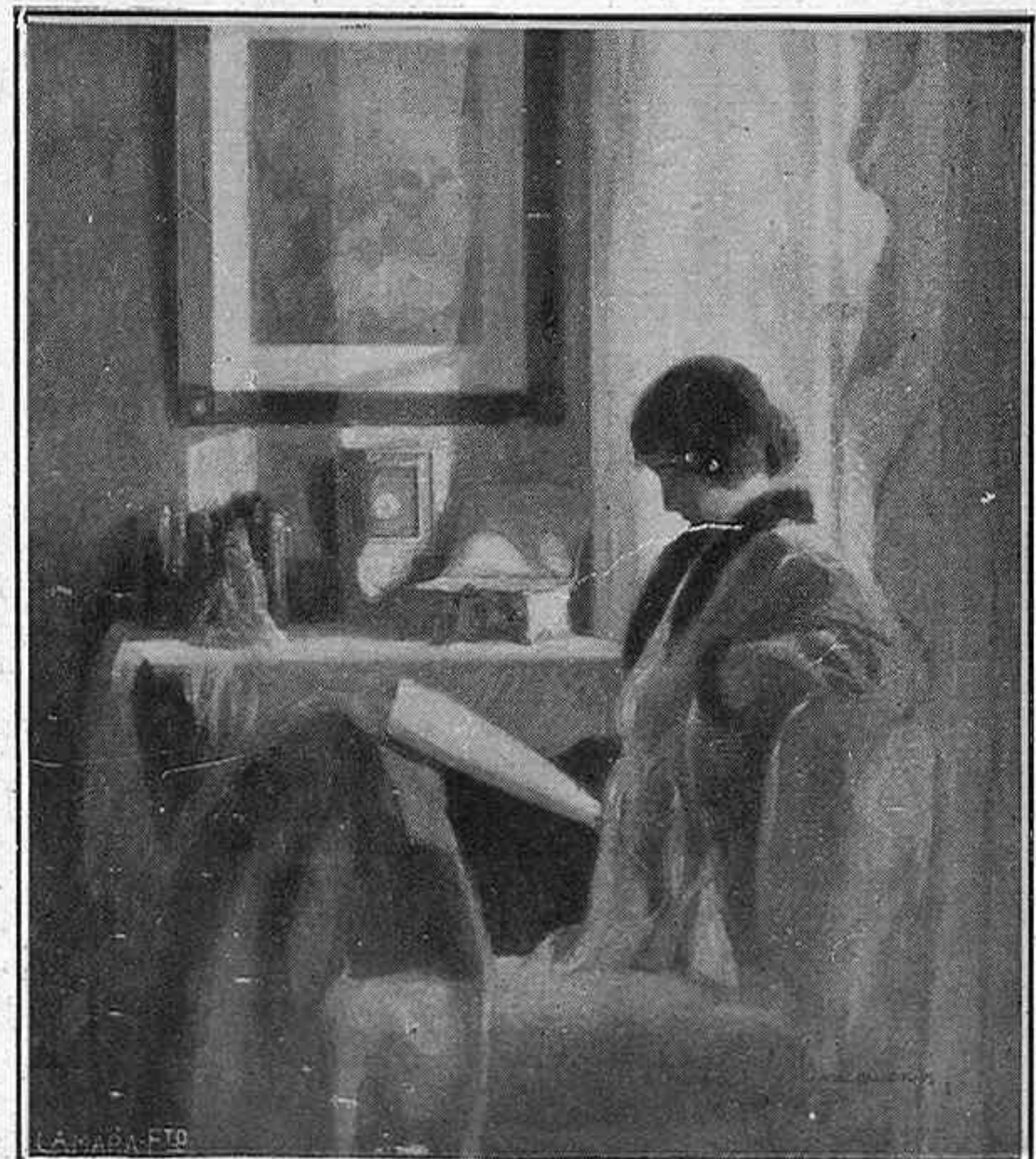
otros dos errores. Bien está, por lo tanto, que se reconozca el derecho á los socios de una entidad cualquiera á compartir el riesgo de ser juzgados y comentados. Pero reconocido ese derecho, la crítica debe lamentar que en virtud de ese vicio de origen se desvirtúen algunas obras admirables, ó por lo menos interesantes, con el contacto de bastantes mediocres, como suele suceder en estas parodias de Exposición Nacional. Una Exposición Nacional con todos sus defectos de omisión y de exceso sugiere siempre toda agrupación no constituida por el nexo lógico de las afinidades electivas y de la identidad de temperamentos é ideales.

ooo

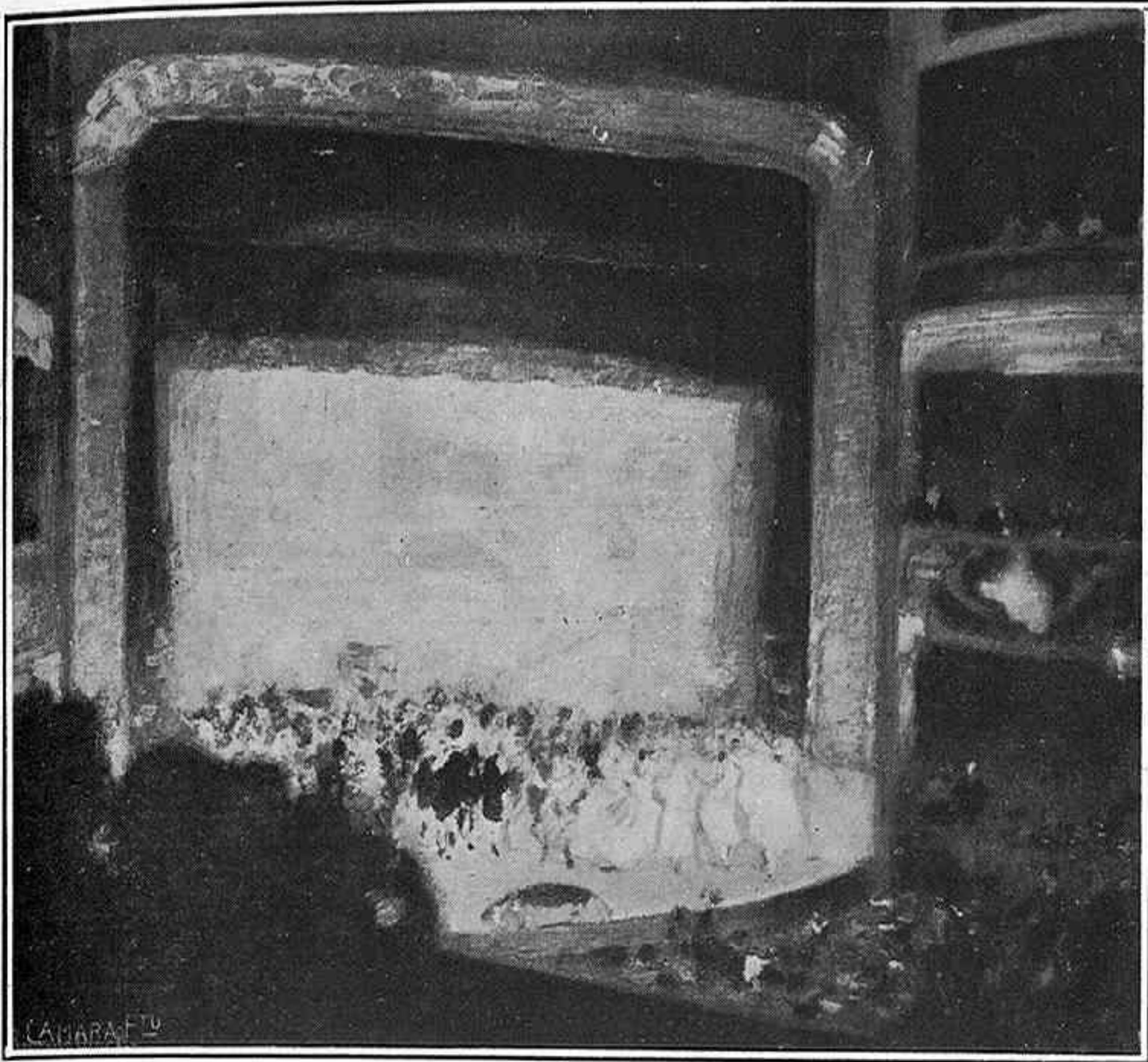
En el Salón del Círculo de Bellas Artes la Sociedad Artístico-Literaria ha reunido cuadros de Dionisio Baixeras, Alejandro de Cabañes, Agapito Casas, Pedro Casas, Rafael Forn, Cayo Guadalupe, José Martí Garcés, Joaquín Mir, Julio Moisés, José Mongrell, Víctor Moya,



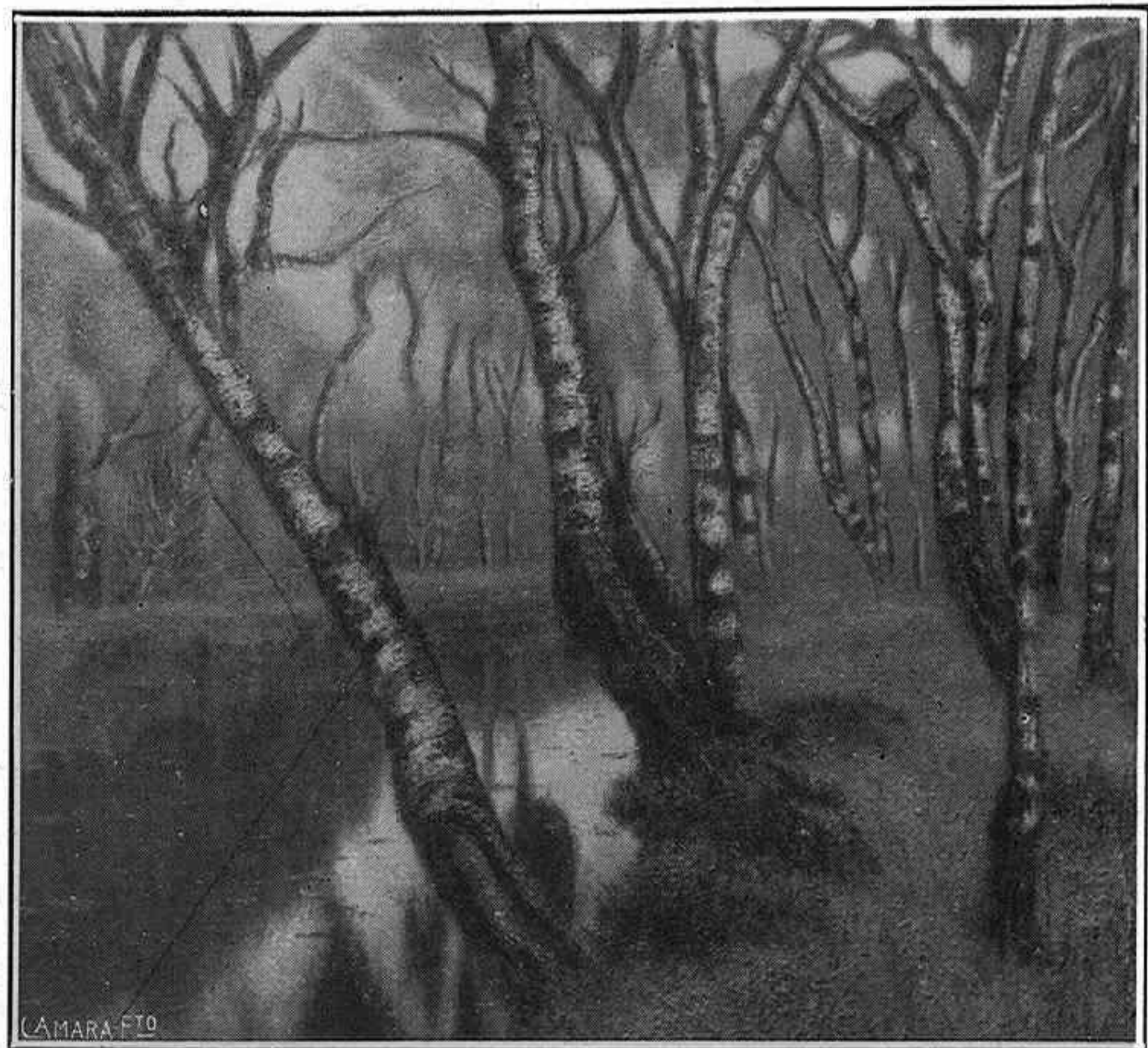
«Rayo de sol», cuadro de Martí Garcés



«Lectura interesante», cuadro de J. Vidal Quadras



«Teatro», cuadro de Ricardo Urgell



«Mañana de Primavera», cuadro de Nicolás Raurich

Nicolás Raurich, Antonio Ros y Güel, Aurelio Tolosa, José María Tamburini, Ricardo Urgell, Carlos Vázquez y José Vidal Quadras.

En el Catálogo se anuncian además dos obras de Rafael Padilla, que no hemos hallado en la

Nicolás Raurich envía tres cuadros harto diferentes de tema; fraternos por ese inconfundible virtuosismo de las calidades que le define. Una grandilocuente marina titulada *Plenilunio*; una sonriente, candorosa, de sutiles transparencias, *Mañana de Primavera*, y la certera expresión *Después de la lluvia*, que tal vez sea el mejor de los tres lienzos por como está logrado su propósito inicial.

En cuanto al paisaje de Rafael Fornes, es la visión del cielo gris de Londres vertiendo su melancolía en las aguas densas del Támesis. Deja en el ánimo del contemplador una sensación profunda de belleza interior, una caricia visual de nácares y aceros empañados, la infinita ternura de sus gamas que insinúan las cosas hasta sus matices menos perceptibles, sin otro esfuerzo que diluir el color con una sabia y expertísima maestría...

También presenta otra obra admirable José Mongrell, uno de los más fuertes pintores de hoy. Su cuadro *Mi hijo Pepe*, parco de dimensiones, enorme de potencialidad, delicadísimo de sentimiento, no es una casual y aislada fructificación, sino el constante acento de un gran pintor.

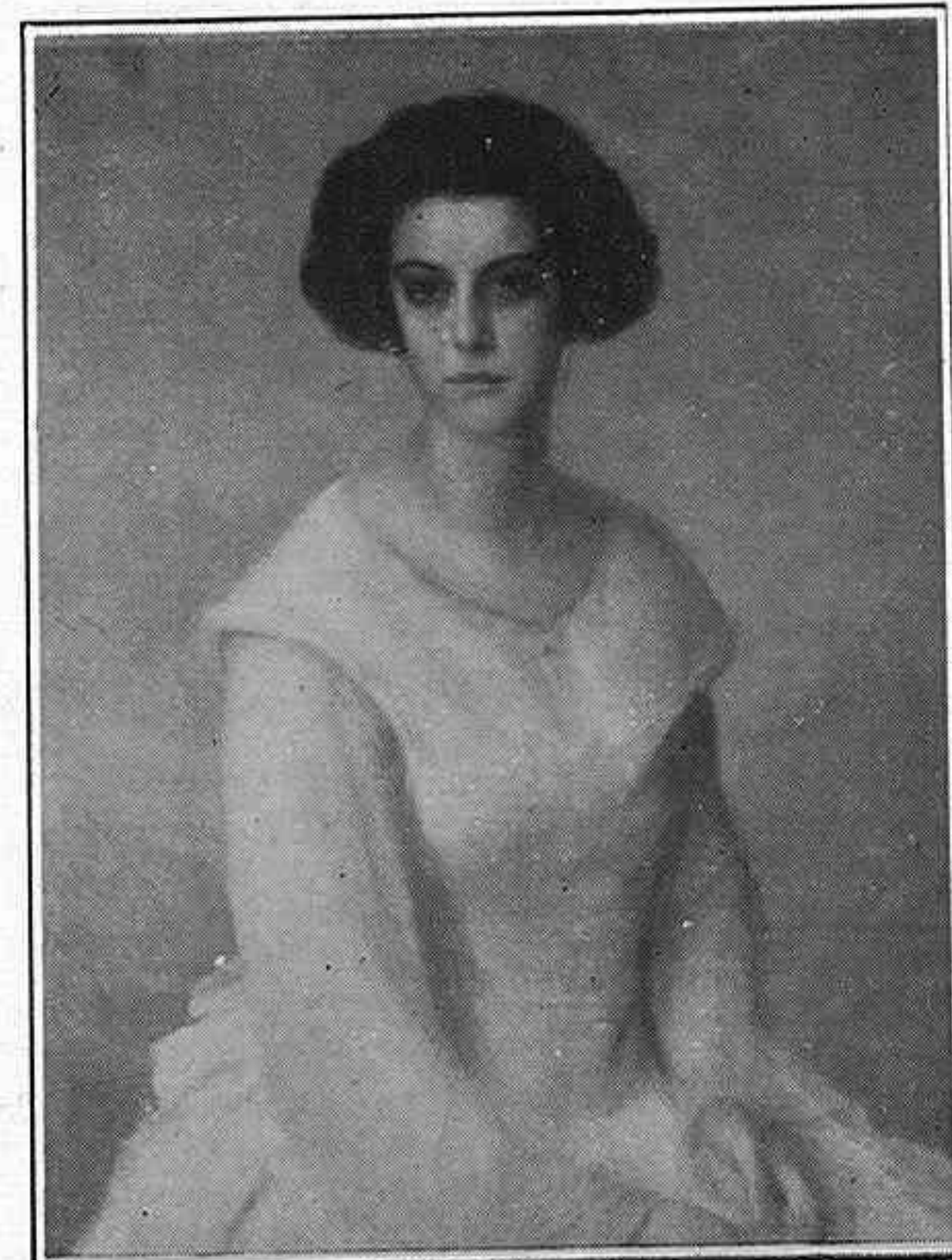
No se puede haber olvidado aquel *Circo* que Ricardo Urgell expuso en la Nacional última. He aquí tres notas fraternas del admirable evocador de los interiores de espectáculos públicos, de este mágico agitador de las atmósferas pesadas de luminoso polvillo áureo, de fugitivas rutilancias, de grises tiernos. Y sobre todas ellas este *Circo* mortecino, que es acaso la joya de la Exposición y donde Urgell se supera a sí mismo.

Vidal y Quadras cada vez se hace más distinguido y más capaz de las audacias buscadas noblemente. Su *Lectura interesante* lo atestigüa. Pero quisiéramos verle, ahora que alcanza plenitud de facultades, no adentrarse demasiado en la ruta de Martí Garcés. Le esperan sus retratos elegantísimos, su aristocratismo pictórico, no falseado por lo que suele entenderse aristocracia en la pintura de retratos.

Martí Garcés, definido y elogiado siempre, muestra sus tres notas: el interior de romántica dulzura; el contraluz al aire libre en la transparencia de las trepadoras venaes; el bodegón de motivos ricos. Y, como siempre, atrae, deleita.



«Retrato de mi madre», cuadro de Víctor Moya



«Retrato de señora», por Julio Moisés

Exposición, pero en cambio encontramos fuera de Catálogo un paisaje colmado de emoción y de esplendor firmado por Puig Perucho.

Este paisaje, entre la vecindad temible de Mir, Raurich y Fornes, sostiene su acento personal. Puig Perucho se ratifica en sus cualidades intrínsecas cada vez más seguras y armoniosas. Este pequeño trozo de Naturaleza vulgar á la hora apasionada del véspero está todo él magnificado de belleza y de sabiduría.

Joaquín Mir presenta un solo lienzo: *El casal*. Concebido en el tono polifónico que sus obras anteriores, más acusado y potente, más atrevido de detalles, que se cruzan y penetran conservando su independencia pero no dañando á la concepción general, este paisaje desconcierta al principio y se impone después como una de las más sensibles obras del maestro. Encanto no envaguedido ni soñoliento; encanto de brío y fogosidad donde los términos y los colores parecen agitados por la nervatura vibrante de las formas.



«Mi hijo Pepe», cuadro de José Mongrell

Julio Moisés exhibe un desnudo de mujer y un retrato que preferimos al desnudo, sin que ello suponga demérito del otro cuadro. Este retrato está sentido y logrado en aquella misma feliz concepción del que le valió la medalla de oro en la Nacional de 1920.

La marina de Cabauyes, con sus siluetas airoas de embarcaciones á primer término, es también una obra delicada y fuerte al mismo tiempo, muy bella.

Un buen pintor de flores y frutas es Cayo Guadalupe, que también figura en el Salón del Círculo.

Finalmente se ha tenido el buen acierto de traer dos estatuas en bronce representando á Galdós y Echegaray, firmadas, antes que con el nombre, con el estilo nervioso, impaciente del malogrado José Cardona, un escultor muy interesante, al que se debe larga serie de figurillas graciosas, expresivamente rítmicas, y á quien la muerte se llevó demasiado pronto y con demasiada crueldad en su agonía...

SILVIO LAGO



Sombrerito de piel de topo y tísú rojo con bordado azul "roi" y oro

LA MODA FEMENINA

(DEL EPISTOLARIO DE UNA MUJER SENTIMENTAL)



Sombrero "cloche" de paja obscura adornado con bandó fantasía

Paris, Marzo de 1923.

Ah, mi querido amigo, qué bueno es usted!... He recibido su retrato y... bueno, iba á decir que estaba encantada con él; pero como quiera que ello equivaldría á declarar que estaba encantada con usted, vuelvo una vez más á ajustarme á las conveniencias sociales, y me contento con decir que su fotografía me resulta *tout ce qu'il y a de plus kiki*. Así, en francés, parece que la cosa no tiene importancia, y menos aún en mi *argot* mundano y banal.

No obstante estas precauciones para que mi entusiasmo no sea en desdoro del qué dirán, estoy segura de que usted sabrá leer entre líneas lo que he callado. No me importa... si es usted vanidoso, porque halago más ó menos no podrá afectarle; y si no lo es, porque sabrá dar á mis palabras su justo y exacto valor.

Pero hablemos del retrato, mejor dicho, de usted, de su fisonomía y carácter aparente.

Por lo que en la fotografía he podido apreciar, es usted muy alto y muy delgado. Este segundo detalle me complace más aún que el primero. ¡Y cuidado si tengo debilidad por las buenas estaturas! En su rostro completamente rasurado (nuevo motivo de agrado para mí) advierto más síntomas de personalidad y carácter que de hermosura. Quiero decir, y no se moleste, que aun siendo las facciones correctas, no son de una perfección que pudiéramos llamar helénica, y de ello me alegro, porque prefiero la fuerza de expresión á la mera belleza. ¡Qué no daría yo por saber lo que significa cada uno de sus rasgos fisonómicos, lo que revela la línea casi recta de sus labios, hendidos á cada lado por una comisura profunda! La barbilla, casi cuadrada; los ojos, no muy grandes (y á propósito: ¿de qué color son las pupilas? Claras me parecen, desde luego), de mirada reconcentrada y un poco severa. La nariz, aguileña; la frente, despejada...

Quizá, al cabo de algún tiempo, y en fuerza de estudiar su rostro, logre averiguar algo de lo mucho que deseo saber. Por el momento me contentaré con tener el retrato en mi



Traje-abriego de "claqué" verde con adorno de foca color marrón

ner conmigo, merced á la fotografía, se convenza de que soy elegante sin extravagancias, original sin ridiculeces, y para lograrlo no he encontrado nada mejor que retratarme con tres trajes distintos. Circunstancia que, naturalmente, agrava mi incertidumbre, porque sobre no saber si le gustaré más de cara ó de perfil; tengo ahora la preocupación de si me preferirá con un traje de noche, compuesto por una falda muy pomposa de volantes de encaje blanco sobre un viso de seda atornasolada en tonos rosados, y un corpiño formado por un solo volante del mismo encaje y ceñido al talle por una banda de tul de plata. Si, por el contrario, le gustaré más con un vestido de tarde de crepón, color de miel, forma también ampulosa, y corpiño ajustado, escotado de hombro á hombro, y adornado con una *berthe* de encaje antiguo, en un conjunto muy reminiscente del año 1840. Si, por último, le resultará más de su agrado con un vestido, también de tarde, de paño gris perla, forma enteriza, ceñido á las caderas por un cordón de plata; cuello alto, orlado de un bordón al relieve en hilillo de plata; igual motivo en los puños, de forma campana, y al borde de la falda, muy larga; todo ello complementado por un sombrero *chevalier* de ala ancha, levantada á un lado, y sujeta por una gran escarapela de cordón de plata.

Tanto pensar me tiene sencillamente enferma, á tal punto que me he visto obligada á renunciar á varias fiestas, entre ellas una en casa de un rico americano cuya hija es muy amiga mía. Y eso que á dicha reunión piensa asistir Norah, de regreso hace unos días en París, muy cansada de Monte-Carlo y con el bolsillo tan exhausto como el espíritu. Y, por cierto, mi futura cuñada dice que me encuentra muy cambiada. No física, sino moralmente. ¿Por qué será? Yo nada observo en mí que justifique su apreciación. Sin embargo...

De Edgar, muy buenas noticias. Los negocios marchan, y sus cartas revelan más optimismo. Las mías, en cambio...; pero no, no quiero hablar de esto un día como el de hoy;



Sombrero de "lamé" cereza y plata

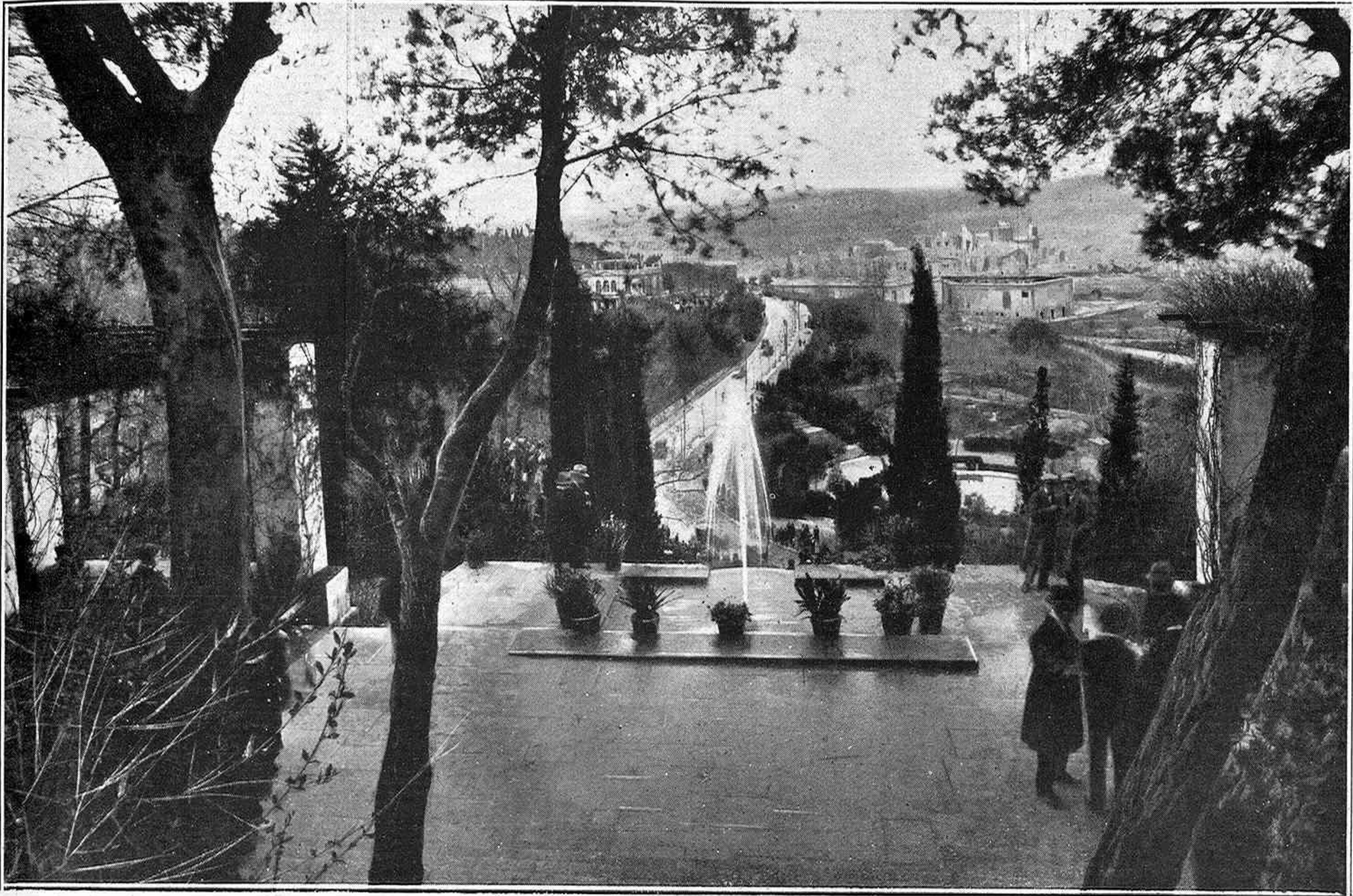
poder y con dar á usted las gracias por haberme complacido. Y... ya que tan cortésmente respondió á mi requerimiento, le diré que yo también estoy á punto de cumplir lo prometido. Me he retratado y tengo en mi poder las pruebas, pero estoy entregada á una nueva lucha. ¿Por qué? Pues porque no sé cuál debo mandarle. Tres son las fotografías. Una de perfil, otra de frente, otra, en fin, de medio perfil y de cuerpo entero. En una sonrío; en las otras tengo aire meditabundo. A unas personas les gusta más la primera, á otras las segundas. Es para enloquecer...

Y aún hay otro motivo de preocupación. Usted sabe, porque se lo he dicho muchas veces, la importancia que concedo al arte del vestir. Quiero, como es lógico suponer, que en esta primera entrevista que va usted á te-



Sombrero bretón de terciopelo con adorno de flores

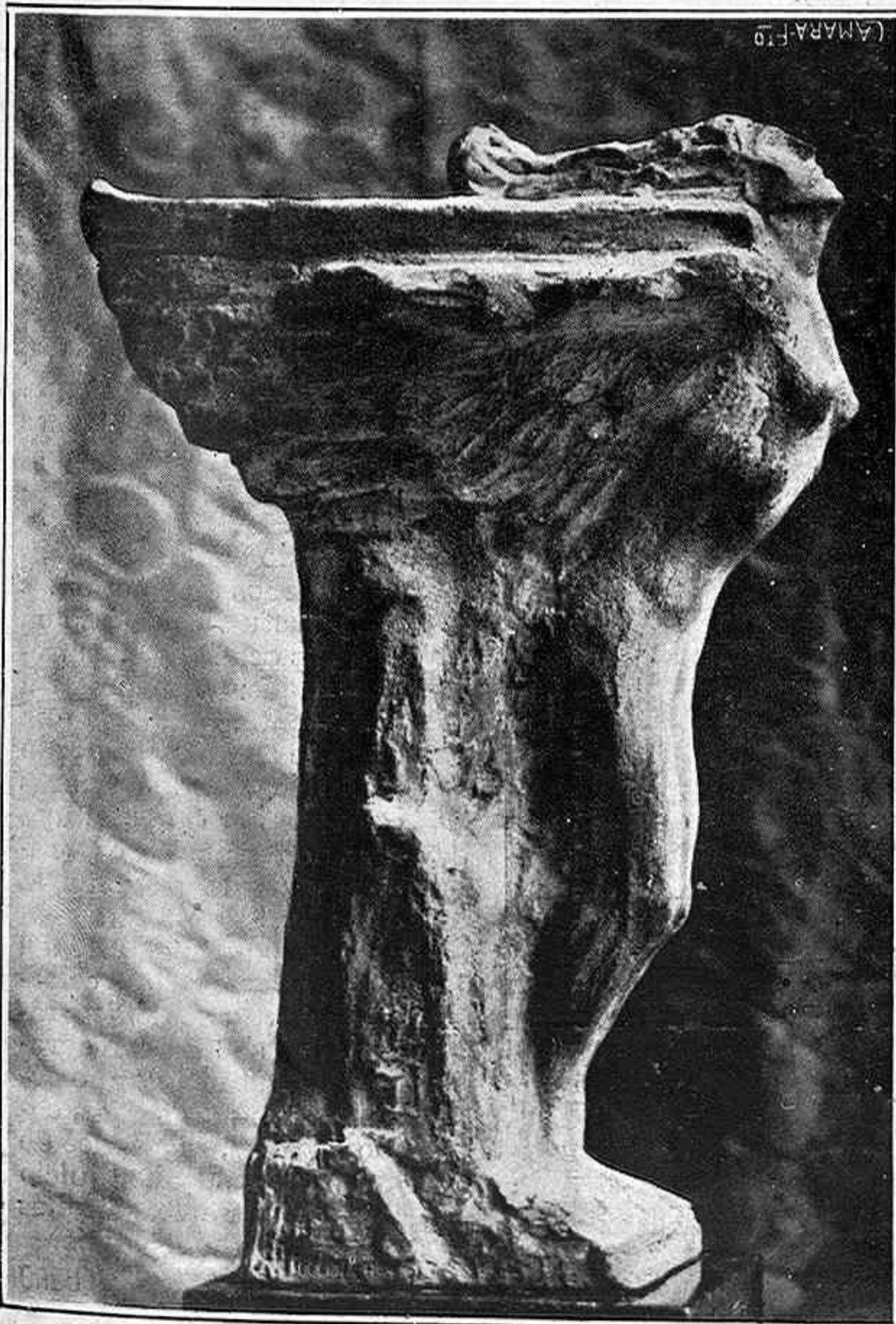
La Exposición Internacional del Mueble y Decoración de Interiores



Barcelona. — Un rincón del Parque de Montjuich, donde se celebrará la Exposición

Rodeados de jardines donde los surtidores lanzan al aire sus románticas saetas y desde cuyos más íntimos rincones, con el reposo, disfruta el paseante de la visión de la ciudad mediterránea, los Palacios de Arte Moderno é Industria, cuyas siluetas se aperciben en el fondo, van recibiendo ya los valiosos ejemplares de las colecciones que el público admirará en Mayo y Junio próximos.

ANTE LA "VICTORIA", DE VICTORIO MACHO



¡Salve, "Victoria"; salve, amiga de los fuertes,
amiga de las alturas, de las honduras, de las distancias...;
la que en sus ojos guarda los carbones de las noches,
la que en sus ojos guarda las hogueras de las albas!...

¡Salve, Sirena, Furia, que conmueves á las proas,
y transmites un sagrado temblor de Oceano á las almas,
y socavas con tesones de gusano los pechos más robustos,
y salpicas de estrellas y de nubes las frentes más altas!...

Tú, la sin sexo, hembra, la nevuda y la turgente,
para los espasmos y para las batallas,
por llegar á tus besos, dulces besos que devoran,
los hombres treucan en cúpulas sus frentes crispadas,
y, bajo la turbia fiebre de la vigilia,
hinchán las ambiciosas pleamaves de sus aristocracias!...

En tus veleidades y tus titubeos, tú, la Afemadora,
no parece que vuelas, ágil, sino que, vendida, saltas;
y, por el brío de eternidad que les caldea,
tus brazos son raíces antes que alas...

Para ceñir con firmeza la corona,
pides la cruz, el centurión, la llaga...;
y muy escasas veces tu caricia sabe curar á tiempo,
aunque tus pies, siempre sangrantes, no se cansan...

Pero el hombre, picoteado, purulento, agonizante,
se siente sano, sólo con desear tu nombre, y te ama...

¡Te ama á ti, que apaciguas, toda dulce,
te ama á ti, que consumes, toda amarga!...

¡Victoria, Sirena, Furia!

Dios te salve.

Llena eres de gracia,
llena eres de luces,
llena eres de lágrimas!...

E. RAMÍREZ ANGEL

ALREDEDOR DE LAS PALABRAS

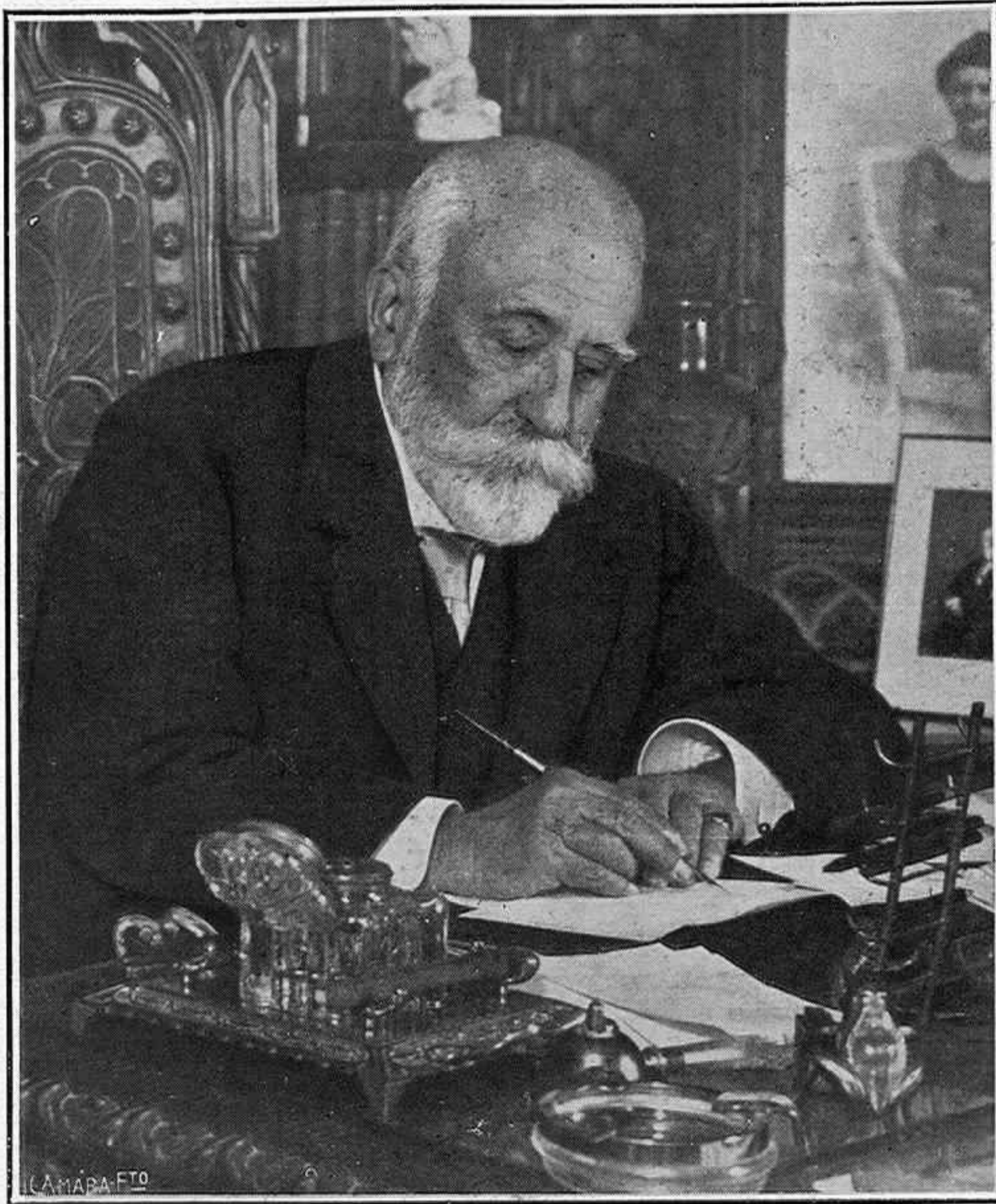
DECLARO que he hojeado con simpatía el libro de D. Manuel de Saralegui, *Escarceos filológicos*, con ser yo poco inclinado á los extremos del purismo, y no por considerar cosa baladí la pureza de las lenguas, mas por entender que en su evolución histórica preside un cierto determinismo superior á los esfuerzos y al cuidado de los gramáticos. El autor tampoco parece ser un purista intransigente, puesto que admite la introducción de neologismos justificados.

La razón de mi simpatía, ajena á los motivos del trato humano, pues no he cultivado el del Sr. Saralegui, consiste en la modestia con que se produce este escritor. Ya dice algo el que al inscribir su nombre en la portada no agregue el consabido: *De la Real Academia Española*. Son muchos los aficionados á añadir á sus nombres, como un complemento de la personalidad, títulos honoríficos, especie de heráldica escrita que puede variar desde la noticia de las dignidades hasta la circunstancia de haber sido pasajero de primera clase en un barco ó subscriber de un periódico. Conocí á un moro ilustrado que, hallándose en España, se hizo tarjetas de visita y puso debajo de su nombre: *Propietario*, título más positivo y macizo que los de vanagloria, entregados á las disputas de los hombres.

Y no es que el Sr. Saralegui desdén á la Academia, á la que pertenece con más títulos que otros, puesto que escribe en buen castellano. Lejos de desdeñarla, la reverencia y cree en ella, estado de fe filológica que se va haciendo raro. En una carta de París, reciente, observaba Corpus Barga que la literatura moderna española despierta interés y curiosidad en Europa; mas al hablar de ella jamás se habla de la Academia. El Sr. Saralegui, con ser creyente en la Academia, no tiene en este punto la fe del carbonero, sino la del augur, que sabe de interioridades. Indicio de ello es que impugna algunas acepciones académicas de palabras, colocándose así en una posición crítica que no está reñida con la de *Clarín*, quien decía con agudeza: «La Academia tiene autoridad cuando tiene razón.»

La modestia de la portada continúa en el prólogo. Declara el autor que no es filólogo, que no sabe latín, ni griego, ni árabe, ni ha penetrado los secretos de la lingüística. Esto no le impide, como advierte después el lector, disertar con buen juicio acerca del uso de las palabras. Su libro se compone de una serie de artículos acerca del buen y del mal empleo de algunas palabras. Ello le coloca en la línea de escritos acerca de curiosidades y particulares del lenguaje, que tiene antecedentes tan remotos como las *Noches áticas*, de Aulo Gelio, precursor del periodismo moderno, y en cuyas notas, escritas acerca de una gran variedad de asuntos de erudición y antigüedad, se diserta á veces sobre la etimología ó el sentido de tal ó cual palabra.

El libro del Sr. Saralegui pertenece á la etapa de la Gramática mejor que á la Filología. Es muy fácil atajar la objeción superficial que podría hacerse, observando que el libro trata de cuestiones lexicográficas, de acepciones de Dic-



D. MANUEL SARALEGUI

cionario, y no de temas gramaticales *strictu sensu*; pero hay que tener en cuenta el sentido histórico de las palabras. Los gramáticos antiguos eran los maestros del lenguaje: dentro de sus estudios estaba el del vocabulario y el de la retórica. En la concepción moderna de la Gramática que añade á sus partes la Estilística y aun la Semántica se restaura aquel sentido tradicional. Entre la Gramática y la Filología, entendidas ampliamente, hay una diferencia histórica y una diferencia en el sentido ó criterio del saber lingüístico. La Filología es moderna, aunque de antiguo se usara la palabra. Nace con la Gramática comparada, con Schle-

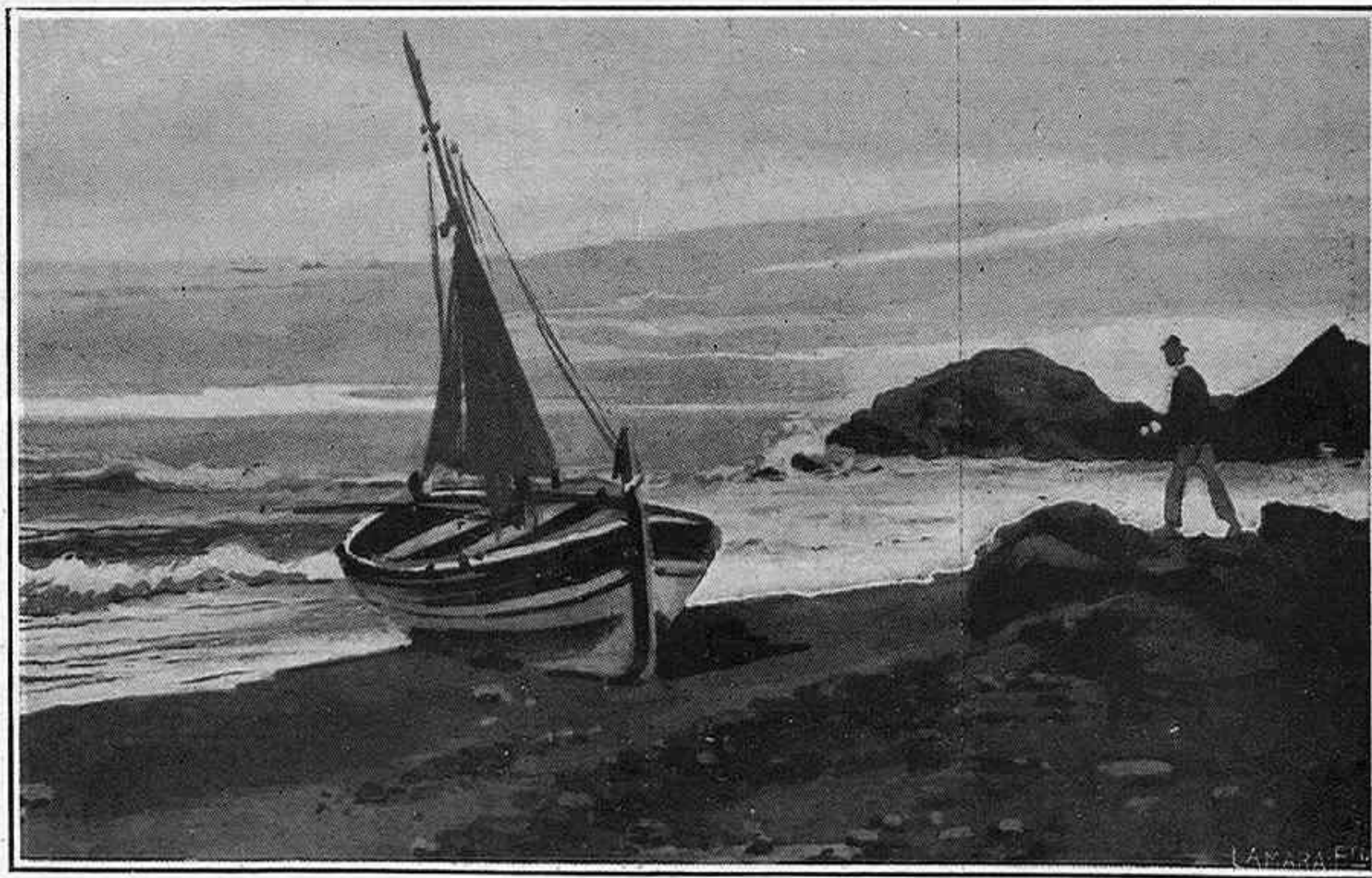
tenece la palabra, si es del linaje de voces profesionales. El uso vulgar, si tiene suficiente generalidad y constancia, es el que se impone; pero el uso culto lo depura y en ocasiones lo fija, cuando es fluctuante. Las lenguas nunca fueron creación de gramáticos ni de retóricos; pero los gramáticos han puesto los perfiles, y al presente, con la difusión de la imprenta, pueden ejercer una influencia mucho más considerable que cuando se leía poquísimo y era mayor la diferencia entre la lengua hablada y la escrita. La imprenta es un elemento conservador de la fijeza del lenguaje, que permite que venzan las formas selectas y depuradas á las

vulgares..., siempre que la corriente popular no sea extremadamente vigorosa.

No todas las autoridades que invoca el señor Saralegui me parecen de primera calidad. Mas en esto interviene el gusto. Cada cual tiene en la literatura y en el lenguaje sus devociones. A veces las autoridades aparecen en guerra civil, patrocinando usos diferentes y formas contradictorias, de lo cual se desprende al menos una lección, y es lo fluctuante del uso en muchas ocasiones. Es frecuente que una voz castiza quede enterrada bajo una capa de olvido, y que bajo la influencia de lecturas corrientes la substituya otra de formación extranjera y sea la nacional la que resulta extraña.

En resumen: el libro del Sr. Saralegui es una colección de artículos lexicográficos que se leen con agrado. Aunque el autor no posea las lenguas sabias, como asegura, ni alardee de gramático, su buen juicio le guía entre los escollos del Ponto del lenguaje.

E. GÓMEZ de BAQUERO



Y OTRA VEZ...

Hoy encontré una barca abandonada sobre la húmeda arena...
Miré lejos al mar azul: "¿Quién sabe si es que ha llegado ella!"
Vertió mi grito por las rocas ásperas la exaltación de una esperanza nueva, y como un pobre loco corrió, saltando alegre por las peñas...
Te encontré al fin. "Yo soy, me confesaste,

un naufrago. Recógeme en tu tienda."
Escondieron su sed los labios secos en una risa extraña, risa apenas...
"Naufrago como yo, ¡tan sólo un naufrago!"
... Y la dejé llorando en las riberas!

Luis RECHANI AGRAIT

DIBUJO DE VERDUGO LANDI



· LOS POLVOS
**FLORES DE
TALAVERA**
aterciopelan el cutis
Por eso son los
preferidos de la
mujer de buen tono.

CAJA 3.50

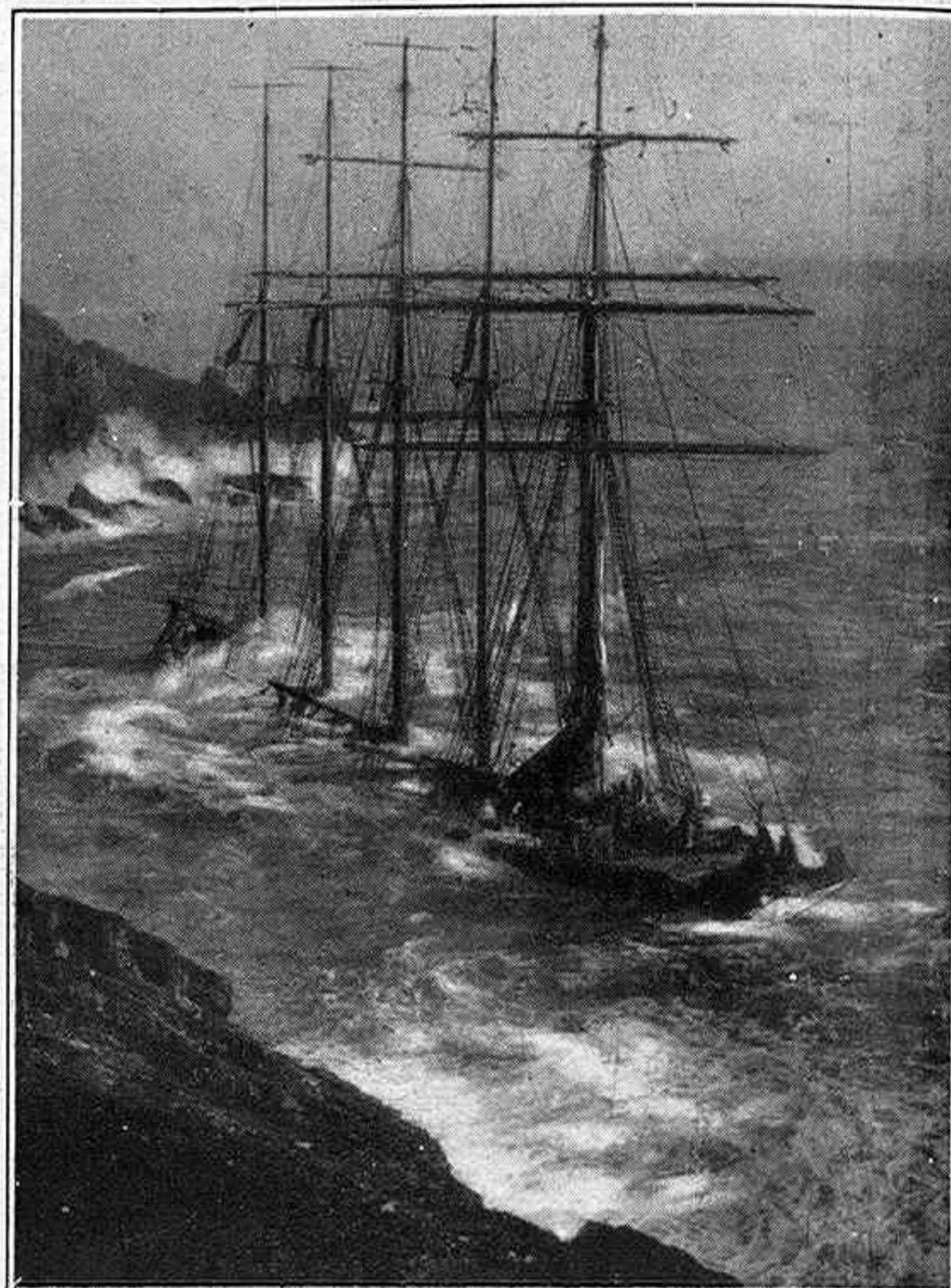
PERFUMERIA GAL
MADRID

DE NORTE A SUR



Londres.—Paolo y Francesca reencarnan en miss Cicely Highatt y mister S. C. Crablee para los invitados a una representación teatral del «Colegio Dramático»

En un escenario de selección y de noble intransigencia estética, como es conveniente para depurar el teatro contemporáneo de tanta concesión al mal gusto y a la mediocridad; en una representación privada del *London College Dramatic*, la pasión romántica de Paolo y Francesca ha sido evocada para un público inteligente. Los artistas que han encarnado las dos inmortales figuras dantescas no son profesionales, en el sentido de haber agotado ya las reservas de entusiasmo y fervor que purifican los comienzos. Este ha sido el secreto de su emocionada virtualidad y el reproche que significa para nuestra vida teatral. Recordemos, sin embargo, los esfuerzos de teatro artístico y literario que se han hecho en España, desde Adrián Gual hasta la simpática tentativa de Cipriano Rivas.



Naufragio del velero alemán «Adolf Vinnen» en el Cabo Lizard, el punto más meridional de Inglaterra

Un naufragio tiene siempre el áspero sabor de ciertas páginas novelescas. Se recuerdan los días ingenuos de la infancia y los libros de viajes y aventuras. Se piensa en algo más inmediato y veraz. Precisamente releíamos ahora *Hijas de la lluvia*, la sombría obra de Savignon referente a la vida bretona de las oussentinas, donde hay un episodio como el del velero alemán *Adolf Vinnen*. Y en la costa ruda de la Bayona galaica, también las olas y las rocas han visto intervenir el frágil obstáculo de un navío colmado de hombres implorantes entre su duelo eterno.



GUSTAVO SÁENZ DE SICILIA
Que pretende emular a Mussolini implantando el fascismo en su patria (Méjico)

El fascismo amplía sus contagios. He aquí un mexicano que sueña con la victoria de Mussolini. Se trata de un hombre cultivado por el estudio y aguerrido por la acción. Ha viajado por Europa y por los libros y por las cárceles.



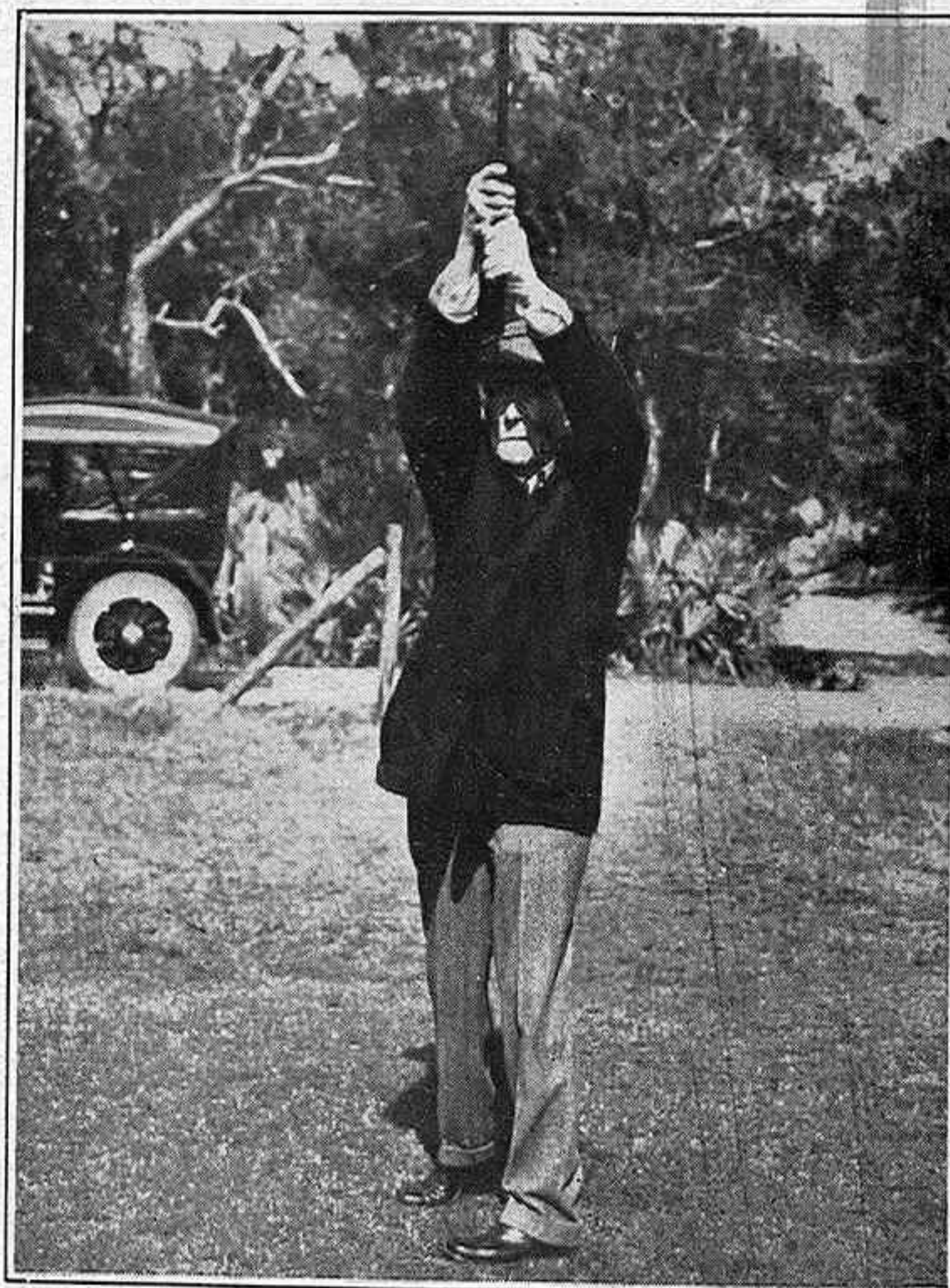
JULIO COLA
Autor de la novela «La ruta de los conquistadores», que reproduce aspectos argentinos

Julio Cola da con *La ruta de los aventureros* una visión pintoresca de la vida argentina que él conoció cuando la empresa colonizadora del insigne novelista Blasco Ibáñez. Incluso la figura del autor de *La tierra de todos* pasa por la obra con vigoroso claroscuro.



Australia.—Redes puestas en Nueva Gales del Sur para proteger a los bañistas contra los asaltos de los tiburones

Las revistas de modas adelantan ya las toaletas veraniegas y las damiselas empiezan a soñar con las mañanas de playa, cuando el sol dora las carnes y los gemelos asaetean los *maillots* negros y azules. Pronto las casas de turismo y las Agencias de viajes renovarán sus carteles recomendando las playas donde agrada a las mujeres sortear el peligro de los amores fáciles y fugitivos... Pero he aquí una playa australiana que no resulta muy recomendable. Los tiburones la han elegido para pescar bañistas audaces. Con trágica frecuencia las gentes que entraban al mar se hundían en la muerte. Y ha sido preciso colocar grandes redes que protejan el valor suicida ó la extravagancia temeraria. Tal vez se habrá pensado en contratar a Caronte para que vigile dentro de su barca la hora del baño en esta playa tan singularísima, aguardando que se vaya colmando de los viajeros que no retornan.



JOHN ROCKEFELLER
Rey del petróleo (que acaba de cumplir ochenta y tres años), jugando al «golf» FOTS. LUIS MARÍN

El viejo Rockefeller juega al *golf*. Se acerca ya al nonagésimo aniversario de su nacimiento. Acaso él mismo no sabe ya la cifra vertiginosa de la fortuna que posee. Basta un gesto de malhumor ó una tardía codicia suya para que los Bancos del mundo sientan cierta inquietud. Y sin embargo parece en esta actitud la figura de un labriego que trabaja la tierra para ganar la vida ya próxima a extinguirse. El cuerpo flaco es como si moviera, dentro de las ropas ajenas, la triste sensación de su senilidad.